

“Freiday”

una absurda sátira social vomitada por
Miguel Charisteas

a Miguel Charisteas,
sin su ayuda no habría podido escribir este libro

ERES UNA

PRÓLOGO

Reeducación en la selva
por Lucky Bombay

~~Señor, querido, estimado, excelentísimo, muy estimado,
don, a su persona, queridísimo, a su querida persona~~

Al ente viviente receptor de estas palabras:

No me gustaría pensar que pueda usted atribuir a este escrito un tono autoritario, la escasez de sexo y falta de bebida hacen del escritor un tipo aburrido, la escasez de sexo y falta de bebida hacen del escritor un tipo aburrido, la escasez de sexo y falta de bebida hacen del escritor un tipo aburrido, la escasez de sexo y falta de bebida hacen del escritor un tipo aburrido, la escasez de sexo y falta de bebida hacen del escritor un tipo aburrido, la escasez de sexo y falta de bebida hacen del escritor un tipo aburrido, la escasez de sexo y falta de bebida hacen del escritor un tipo aburrido, la escasez de sexo y falta de bebida hacen del escritor un tipo aburrido, la escasez de sexo y falta de bebida hacen del escritor un tipo aburrido, la escasez de sexo y falta de bebida hacen del escritor un tipo aburrido. Tranquilo, ya he abierto una cerveza, prosigamos.

Le decía a usted, ser inmundito, terrícola del montón, insensato caballero, que no querría mi persona que usted, alimaña nauseabunda, atribuya a estas palabras un carácter despótico. Lo que está a punto de leer si realmente se cree con ánimos para ello, son divergencias de una mente enajenada, opiniones que aun no han sido engalanadas en camisa de fuerza, reflejos de una sociedad contaminada. Perdonen de antemano al autor de esta atrocidad sin sentido. Llévense estas páginas cuando visiten el cuarto de baño, al menos no perderán el tiempo y a unas malas lo sacaran de un apuro. Yo por mi parte no las he leído ni pienso hacerlo, usted allá. Sin más preámbulo, termino de prologar esta sucia porquería que alguno en su propio trastorno pueda considerar lectura, hay demasiados bares abiertos como para quedarme encerrado leyendo esta sarta de absurdas banalidades.

Conste la firma de un borracho:



CAPÍTULO PRIMERO

Introducción al suicidio básico y su relación con las ingles

“La próxima vez cargue la copa un poco más”, un recuerdo lúcido de la noche pasada entre lagunas. Los días a base de cortisona y antibióticos me habían pasado factura y hecho olvidar las reglas del juego: quien tiene una buena noche no puede tener una buena mañana, a no ser que siga bebiendo. Lástima, no quedaba ni una gota en la nevera y el vaso caliente de lo que parecía ser ron aguado no me excitaba en absoluto. La barriga rugía pidiendo clemencia y el hígado llevaba mudo mucho tiempo. Revuelto sacado del alma copando la garganta.

Gajos de ropa inundaban las baldosas amarillas camino a la puerta del ayer. Hice memoria y las imágenes se sucedieron como en un caleidoscopio. ¿Qué vomitan en el suelo de los bares? Debería comprar un cubo de barro y tenerlo siempre a mano en caso de discusión femenina. Miré el reloj, las manecillas empotradas en el armario a escasa distancia de la pila y un poco más lejos de infernales mecanismos, no respiraban. El reloj es la falsa muerte. Miré el móvil, mi aparato de supervivencia futurístico que ejercía de sustituto del tan ansiado jetpack, como de costumbre no tenía batería. Debía empezar a pensar en cambiarlo por una maza medieval que no indujera al arrepentimiento repentino causado en noches noctámbulas y mañanas fraudulentas.

Necesito tranquilidad para digerirlo todo, algo de calma antes de que comience la barbarie.

Sentado en mi trono de reflexión profunda trato de leer un artículo científico donde se anula la tómbola de la vida, nacer en un sitio o en otro según el doctor “los huevos producen colesterol” se sustentaba en las características intrínsecas del ser. Un pobre merecía serlo antes de nacer pues así había ocurrido en otro universo paralelo, en otro plano temporal ajeno a la solicitud del crupier. Malcolm X contó un cuento una vez pero ya nadie lo recordaba. La mierda olía a alcohol y yo era un cerdo feliz en su charca, mis dedos olían también pero no era licor azucarado. Me había acabado por transformar en un vil capitalista que seguía al pie de la letra su primer fundamento: “siempre más”. No me bastaba con sólo una boca, necesitaba poseerlas todas: finas, redondas, pequeñas, gruesas, gigantescas, triangulares, ovaladas... todos los tonos pastel eran viables. Si es nuevo es mejor. Tenía que comprar papel higiénico si quería llegar limpio a la consulta del doctor Zhivago en caso de atropello.

No había rastro de los ojos marrones que habían acompañado al azul del mar en conjunta travesía hasta el inconsciente del ser. El despertar temprano trajo consigo su propia huida de alcoba y la hice lejos de las mantas hendidas que por calendario no deberían hacernos sudar. Eliminada la primavera y el otoño del calendario, aún defendían a capa y espada la no repercusión del sistema de vida neohumano en el calentamiento global aquellos

villanos sinvergüenzas del petrodólar. Al menos había dejado una nota en el escritorio junto a los habanos más baratos que un estudiante sin bolsillos se puede permitir: "Llámame".

Ningún número escrito que acompañara la orden, debía tenerlo en la lista de contactos o jugármela en una nueva noche agitada con visos de mezclarse. Las pasadas jugadas ajedrecistas a lo largo de la barra del bar me hacían sentir un James Bond aquel viernes por la mañana. Las temporadas de salida habían hecho del fin de semana un eslabón, y del viernes un paraíso alcoholizado sin retorno. Sonreí al reflejo de un despojo y me lavé la cara, es fácil abrir un grifo. El deshecho tomó alias de trozo de carne con patas, la resaca humaniza a las personas, supongo que por eso los dioses no beben. Cagados de miedo se esconden bajo sus sábanas de látex, temiendo que el subconsciente absurdo que esconden tome el control y domine sus acciones mostrando su absoluta y completa gilipollez, que no es más que el reflejo de una personalidad barata oculta entre luces de colores y falsa parafernalia de lujo.

Había quedado a desayunar con mi diablo particular para tratar la declaración que debía sinceramente soltar de carrerilla ante el juez, por haber abusado de mi propia libertad en fechas pasadas. Un discurso moralista donde yo debía ser Bambi al final de la película, siempre se me dio bien mentir, mejor si había juramento de por medio. Sin recoger el estropicio de horas de locura, cogí unos vaqueros entrados en años y un jersey que hacía de hermano menor, dichosa familia eventual.

Cambié la batería al móvil, fruto de desencuentros anteriores, cogí la cartera y escondí en mi bolsillo izquierdo un revuelto de papel higiénico a modo de pañuelo. Me había vuelto a dejar las llaves dentro, ya se encargaría mi yo del futuro de resolver el problema, siempre puede encargarse otro. La compañía de basura sacará sus trapos sucios y los tirará al contenedor. Pero no se preocupe señor, son SUS trapos sucios ¿me permite tutearle? Por supuesto. Son TUS trapos sucios. Tú los esconderías tan profundo que probablemente consigas eliminarlos en el intento, la compañía de basura simplemente los depositará allí donde otra persona manda. El problema querido tú, es que esa otra persona ya no eres tú. Respiré fuerte, tan fuerte como pude. El oxígeno es caro en Asia, aquí aun es barato. Por ahora pueden respirar hasta los desempleados ¿no es impresionante? ¿No es utópico que no lo hayan tasado todavía? Piense, ¿cuánto estaría dispuesto a pagar por un litro de oxígeno?

Caminé pisando fuerte el suelo, sintiéndome real. Habían cambiado las baldas rotas de la calle pero éstas no eran iguales que las demás, las verdaderas eran demasiado caras o se hacía tiempo que se habían gastado. Jugué con el palillo de dientes que llevaba en la boca a modo de excéntrico clásico, sabía que dañaba los dientes pero también hablarle a una chica comprometida podía hacerlo. Miré a los niños que pasaban en sus bicis con caducos ruedines, si tuvieras que montar en una atracción de feria y sólo en una atracción durante toda tu vida, ¿cuál elegirías? Eso quieren hacernos creer. Estudia y sufre tu arrepentimiento chico de palo.

La cafetería no quedaba muy lejos de mi cochinería llena de polvos, pero aun así iba tarde. Tenía un máster en llegar tarde a los sitios, falta de educación o de paciencia sirva como excusa. Aceleré mi paso calle abajo. Fantaseé con llenar cuevas de piedras gigantes, barriles y millones de canicas que rebotaran contra las fachadas vociferando en la quietud. Entes llenos de gula impiden el paso a caminantes sin reloj, por mucho que oigas la opinión del profeta nunca escucharás sus palabras pues son vacías. Costaba una eternidad moverse entre caracoles así que ya que iba a deshora mejor quebrarme las

rodillas suavemente.

Un viejo ciego sin dientes me saluda recordando a su propio nieto al que no puede ver por impedimentos legales. Una chica lee un libro romántico donde el amor es lo que menos importa, es más mediática de lo que se merece. A su lado un no tan viejo clarinetista deposita su gorra en el sucio y simpático suelo, dispuesto a desgarrar almas con su triste y monótona melodía. Seguramente en su tierra, pues es extranjero como todos los que habitan las profundidades del espacio, estudiaría unos doce años quedándome corto, en el conservatorio más duro de la penitenciaría. Seguramente vivió alguna transición de poderes de esas donde el poder se esconde y nadie sabe realmente quién manda pero sí quienes no. Eso lo llevaría a nuestro país, a mi ciudad si es que alguna vez fue mía, a esa calle, a ese rincón junto al banco donde ya no está sentada la muchacha que leía sino dos ancianos que rememoran tiempos pasados cansados de mirar obras durante toda la mañana. ¿Quién se ocupará de los futuros viejos en una sociedad donde todos nos creemos inmortales?

Paro un momento a amarrarme los cordones, el velcro y sus características antiestéticas. Pienso por un segundo en echarle algo de dinero en la gorra pero el pensamiento huye persiguiendo a una muchacha de falda azul y camisa blanca que pasa dejando su olor peleando por el aire nauseabundo que mata pulmones a ritmo de jazz, mientras los bailarines mundanos queman neuronas en vacíos maleteros de electrónica. La primera vez que vi un músico callejero fue en una calle llena de mimos, gente pidiendo limosna y turistas regalando carteras. Entonces quise repartir mi dinero entre todos ellos, nunca había visto un sombrero tirado lleno de monedas y remordimientos, supongo que la rutina o más bien la costumbre mató al amor.

Escupo al suelo aunque no me guste, no hay árboles donde hacerlo. ¿Cuándo llegará la moda de plantar árboles? No importa, todos tocamos a tres o cuatro viviendas que nos esperan vacías a las afueras de ciudades muertas. Construyan señores, un ladrillo nunca está de más, pero no olviden rebozarlo en cemento y billetes pues un ladrillo que está suelto es digno de resquebrajar cristaleras que den paso al incendio de sucursales donde ya no hay sitio ni para los mendigos. Nacional de verdad. Lo que conocemos como “banca rota” tiene su origen en el reventar de oficinas y cuelgue de cuellos encamisados, curiosa forma de dar la vuelta a la tortilla usando la soga. Tras pasar la muchacha de falda azul y camisa blanca, quedome mirando a un joven que saca por primera vez dinero de un cajero a través de su inquietante tarjeta de crédito. Bienvenido al mercado Billy, algún día te enfundarás una media en esa cabeza pensante que piensa más que siente, y agujerearás tu vida con una pistola de agua llena de ácido corrosivo.

- ¿En bolsa de papel o de plástico, señor?
- Póngalo todo junto a la cubertería y queme todas las bolsas. Nunca me he fiado de los números cambiantes en carteles de neón.

Casi me come un calvo con barba que pasa sin control con su “siempre lo he tenido guardado en un bolsillo de aquel pantalón que corté cuando llegó el verano” longboard. La calvicie vil tirana, se impone de moda mientras los fabricantes de pelucas frotan sus manos llenas de callos futuros. Ahora las ciudades se llenan de patines, bicicletas y demás aparatos postapocalípticos, me gusta. La crisis parece hacer cambiar el cuerpo humano, quizá haya esperanza. O quizá bajen los precios automovilísticos y me revienten los dientes mis propias ideas. Entonces me dejaría el dinero destinado a mi soñada furgoneta en unos de oro colocados con precisión millonaria por algún dentista avisado. Que tire la primera muela quién nunca haya pisado una consulta o cacharrería de molares

y premolares. Al menos los árabes, moros con dinero, no bajarán nunca el precio del barril, viva el comandante. Miro mi reflejo en el escaparate de una tienda de ropa donde semanas atrás, compré la camiseta que llevo puesta ese preciso instante al igual que otras dos mil personas en pocos kilómetros a la redonda, qué importa si puedo marcar la diferencia con unas gafas sin graduación. La homosexualidad llegó a la moda con aires novedosos justo a tiempo de encontrarse de frente las tendencias masculinas que agachadas, recogen los guiones escritos por monos en talleres clandestinos de algún país subdesarrollado con pinta de no ascender. De ello ya se encarga el vicepresidente ejecutivo de Títeres SA, compañía con sede en alguna isla de nombre afrancesado donde sonrían tipos trajeados con más ceros que vergüenza. Españoles expertos en hacer lo contrario a la razón se rebelan contra Napoleón en montes y sierras perdidas llenas de prostíbulos y orgullo no reconocido por la real.

Me peino por decirlo de alguna manera pero el viento me vuelve a despeinar pasos delante. El sudor frío de la resaca recorre mi espalda y siento pánico. La calle se llena de cuerpos inertes que avanzan hacia mí, huelen mi miedo. Debí haber colaborado con ellos en la destrucción de nuestra capa y soltar una humareda de desodorante que inundara mis poros con química casera. La serie en boga había inoculado la idea del cristal en niños y ancianos, ya tenía mis propias manías, no necesitaba sacar sesenta euros por gramo para sentirme realizado antes de dormir.

A mi derecha otro negocio cerrado. Un graffiti mal hecho, en realidad una firma, revienta la simple perfección del metal. Pintad las calles de colores, llenadlas de abanicos, que el sol inunde los cristales y reflejen los dibujos. Paso por la calle de las heladerías, hay cuatro heladerías en un palmo de terreno. Un día a un lúcido se le ocurrió montar una heladería en aquella calle. Una ciudad soleada once meses y medio al año bien podría ser negocio para la gula. Al día siguiente llegó un enterado y montó otra justo en frente ¿Por qué no sacar provecho ambos del pastel si éste es lo suficientemente grande para alimentar varias familias? El tocacojones llegó al tercer día y montó la suya justo al lado de la del lúcido. Los tres sacaron sus armas, las cargaron y se disponían a disparar pero no hizo falta, al cuarto día llegó el retrasado y montó su propia heladería ¿Cómo quitarle el negocio a lúcido, enterado y tocacojones? Bajan precios, suben horas, baja la calidad, la esclavitud se convierte en norma y entonces pum: las cuatro heladerías se convierten en chocapic cuando una multinacional heladera copa el edificio mayor de esa misma calle. El capitalismo austero por porcentajes se quita la piel de borrego y muestra feroz sus fauces.

Una piedra matando al presidente del gobierno es la señal para que comience la cuarta guerra mundial. Sigo bajando la calle ya completamente despeinado por el vendaval, no importa, mis gafas de sol cubren mi mirada funesta. Aquí el viento mueve hojas caídas, allí eleva diez mil almas en cada ciudad a las nubes. El mundo borracho tiene la espalda llena de granos a los que no llega con sus manos, granos expuestos a las adversidades sin más escudo que su mala suerte.

Llego a la cafetería donde espera mi abogado amigo. Dos mitades no hacen uno entero pero nos mantiene despiertos, siempre despiertos. Los acompañamos con una viena mixta, nunca desayunarás en casa igual. Charlamos retando al silencio sobre burdos temas de actualidad, las palabras entre amigos fluyen sin forzar aunque la primera vez siempre cuesta. Sentados en una plaza escondida del turismo preparamos mi discurso. Hurto, peleas callejeras, beber en vías "públicas", allanamientos de morada, robo de coche patrulla con posterior huida en una autopista al infierno. Nada de ello había llamado la atención de las autoridades, un cántico en la noche sí. Estadio Chile 1973. Multas a cara de perro no imponían la suficiente autoridad sobre mi persona, no al menos tanta

como los daños colaterales basados en luchas fratricidas sin ton ni son. El café estaba caliente y el bocadillo se enfriaba en su plato de cerámica azteca. ¿Cortarte un pie o una mano? ¿Por cuánto te dejarías dar por culo? Ya estás jodido y aun así crees sentarte en el sillón del vicepresidente ejecutivo con tu propio orgullo sin perforar.

Nos despedimos entre risas, era imposible no reírse recordando la noche anterior, aunque él tenía mejor cara, ni una cicatriz que diera pie a la invención de fabulosas fábulas inconclusas. Ambos éramos un buen dúo de mentirosos compulsivos en busca de la chispa eterna. La camarera que trajo la cuenta era perfecta en sus imperfecciones, supe que aun me hacían efecto las copas de la noche anterior que unidas al madrugar no beneficiaban mi imagen social. Pagué y partimos la mitad de un céntimo de vuelta. El dinero lo inventaron los ricos para no deber favores a los pobres.

Las chicas se tostaban al sol reflejado en el agua provocando a los ancianos de la plazoleta, viejos adolescentes que disimuladamente metían sus manos en los agujereados bolsillos del pantalón. Baila al sol chica del amanecer hay comida para dos en el menú de mediodía, ya habrá tiempo para descansar cuando rompan las olas tu melodía. Decidí caminar de vuelta a mi cueva por otra calle diferente, salté la barraca en obras y me encaminé cuesta arriba por la carretera. No pensaba poner un pie en la acera, caminar por la acera es para principiantes que después cruzan wassapeando los pasos de cebra. El viento ha cambiado de dirección y continúa desgrueñándome. Los pueblos huracanados están llenos de dementes que no saben en qué dirección moverse ni a qué ritmo atenerse, menos mal que ya estoy completamente loco. Están arreglando la calle por la que paso, llevan más de dos meses para un socavón no quiero imaginarme si ésta fuera tierra de sacudidas intergalácticas.

- Eh niño de papá, sal a jugar a la ciudad. Salta con los haraganes que ríen pateando balones en el mar.
- Mi madre no me deja, el sol no me hace bien.

El niño acaba haciéndose millonario y extermina el distrito con napalm, pero los recuerdos lo persiguen y las cenizas que lo cubren no lo dejan dormir.

- Calla vieja escoba.

Paso por la esquina donde un antiguo yonqui se sienta día tras día a observar el tráfico sin dejar de escupir, el suelo de debajo está teñido de negro debido a la dieta del espectro. Voces y gritos de barrio revientan mi cerebro resacoso. Un taladro lleva toda la mañana jugando con el cemento y no se cansa de entrar y salir, es milagroso. Bajón azucarado y parece que estoy metido en una guerra, confuso y mareado por todo lo ingerido aquella noche. Entonces llegan soldados histéricos colocados hasta las trancas de anfetas y bromuro rompiendo el aire con sus ametralladoras, escupiendo polvo sobre indefensos cervatillos que buscan en sus madres algo de calor en el frío espacio que los rodea. El presidente llora escondido en el baño adjunto a la sala de reuniones donde las cabezas económicas sonríen complacidas por el espectáculo de la muerte. Qué barata es la vida en los países sin desarrollo alguno. Un asia boy mira con sospecha y recelo al grupo de esclavos negros a los que azota en África central. Fuego Charlie, fuego a todos. Todos los samuráis se hicieron el harakiri y ahora sólo quedan bastardos judaístas escupiendo mierdas y bits impersonales. La vida no va más allá del número 2. Número 8, número 8, número 8, ¡NÚMERO 8 RESPONDE! El helicóptero que transportaba a la madre Teresa se estrelló como el Hindenburg y las llamas la llevaron a la segunda fosa del octavo círculo infernal. Nace un niño en Haití a la sombra de un árbol que pronto lo ha de

matar pues el leñador que debía cortarlo sufrió un infarto en plena violación anal. Aduladores de la tecnología hacen cola en las habitaciones de los mendigos esperando redimir su alma aventurera en selvas de circuitos, pero el hacker de la realidad los atraganta a base de cheetos y bebidas energéticas malgastadas en asientos que joroban la espalda del David de Miguel Ángel. De niña a mujer en Tailandia, corrompida en Dehli y traspasada en Teherán, quién pudiera salvarte de tu propia vida. El socorrista de turno no tiene preparación para nadar en el Aqueronte y pronto es despedido por bondad.

Caridad pide la vieja cantante en la esquina por la que paso. Cada día hay más gente escarbando en las cajas de plástico verde, o quizá haya menos contenedores en la ciudad. Un retortijón sacude el café que he tomado minutos antes con mi abogado compinche. Acelero el ritmo para llegar a casa y cruzo los dedos por tener el baño libre, el fregadero tiene demasiados platos sucios con los que lidiar.

Llamo a mi compañero Viernes a voces, no anda por allí y tampoco es caníbal, es negro como el betún y la parte más blanca de su cuerpo es pálida como el carbón. Hoy es su día especial. Todavía no se acostumbra a que le haga una tarta cada viernes desde el primer día que lo conocí, no sé hasta cuando durará la coña, esperaba aburrirme mucho antes. El aburrimiento es el peor de los temores ¿Dónde está mi trozo del pastel?

Cuando la cajera sale del súper está tan cansada que ha perdido el hambre. Que se atrevan a ser emprendedores gritan las voces acaudaladas sentadas en sus tazas doradas, fusilad esas voces. A un elefante cuando es una cría se le amarra a una cuña de madera lo suficientemente grande como para retenerlo. El elefante crece y la cuña sigue siendo la misma, pero está tan cansado de tirar que ya no lo intenta. Los pocos elefantes que han huido entran a una tienda de cuñas cargados hasta las trancas de explosivos. Son tachados de terroristas criminales. Sus nietos correrán libres junto a los nietos de los poderosos y nadie recordará que alguna vez hubo diferencia entre aquellos elefantes más que la longitud de su trompa. Viernes no responde y no tengo llaves con las que entrar en casa. Otro retortijón. Mi barriga sufre removiendo toda la mierda acumulada como si fuera una lavadora que gira paquetes de nitroglicerina.

Espero un rato en el rellano prestando atención a cualquier sonido, no podía aguantar más. Por un momento no pensaba en nada, todos los problemas de la humanidad me eran ajenos y sólo quería sentarme en cualquier taza sin importar la suciedad que pudiera rodearla. Qué más daba, había cagado sentado en un water en mitad de un lago helado, defecado en un tren siberiano, desafiado a la gravedad en un avión y pringado un centenar de pantalones. Decidí buscar un local de comida rápida y llamé al ascensor para moverme lo mínimo.

En la caja descendente me encontré con una de las nuevas vecinas del edificio. Recordaba haber hablado antes con ella, recuerdos vagos debido a la cogorza, apenas ponía un botellín en mis labios y el alzheimer jugueteaba con mis recuerdos. Sonrió al verme, esperaba que Mr. Hyde no hubiera hecho de las suyas, aunque me creía reformado en cuanto al control activo de la naturaleza alcohólica. ¿De qué hablarían los desconocidos si no existiera el tiempo atmosférico? Fútbol y desconocimiento político copaban las conversaciones en los garitos donde jugar al dominó aun no era cool, ni si quiera la palabra cool es cool. Hipsterismos gramaticales que avergüenzan a los analfabetos del kharma.

Pensé en un revolcón matutino e intercambié la prioridad en cuanto a necesidades básicas. Imaginé el ascensor bloqueado. Había neutrones rondando entre los allí

reunidos, electrones cada vez que las miradas se cruzaban en nuestro horizonte y protones con cada gesto inconcluso, era todo infinito. El tiempo se había parado infinitamente en nuestra sensación de alegría y brindis por el no mañana.

- Tienes un anillo muy bonito.
- Gracias, me lo regaló mi marido.
- Tiene buen gusto.
- Y también dinero.

Las puertas del adiós se abrieron y la dejé salir delante, todo un caballero pese a la derrota contra el cristal. Salí del portal de Belén y me dirigí a un estanco donde los compradores de sellos y sobres habían establecido la norma de no fumar como ley. Compré el puro más grande y barato que tenían, y me dirigí a un starbucks cercano. Los cafeteros estaban tumbados en grandes y caras camas blancas a pie de playa sin tocar la arena, sin saborear inesperadamente el agua. Pasé directamente al servicio poniendo una absurda cara de cliente. Para mi sorpresa estaba limpio, tan limpio que debía haberlo hecho una madre. Aún así coloqué una fina capa de papel, un acto que hacía sentir a un ser puro como si estuviera a punto de cagar flores y tarros de colonia. Apenas estaba empezando cuando oí voces. Mierda ya me habían cortado mi momento zen, ya no se respeta nada.

- Si tía, me agregé y estuvimos hablando toda la noche.
- ¿Qué te decía?
- Pues que si era muy guapa, que me había visto hace tiempo, que si a ver cuando quedábamos. Está para comérselo.
- Que mono tía.
- Si, toda la noche estuvimos hablando por chat.
- ¿Y qué te parece?
- Encima es que nos gustan los mismos grupos de música de dos acordes y medio, y tenemos mucho más en común tía. A los dos nos gustan las mismas películas y además me ha recomendado un libro buenísimo.
- ¿Cuál tía?
- Uno sobre autoestima muy bueno para cuando estás en crisis emocionales. Cuando me lo lea te lo presto si quieres.
- Dios tía, es un sol.
- Si, encima no le echa cuentas a los políticos de ahora. Dice que eso no va con él, que son todos unos ladrones, tiene mucha personalidad.
- Esos son de los que no quedan. ¿Has quedado con él?
- Sí, mañana. Pero no sé si es muy pronto para hacerlo a pelo.

Lejos de allí, en otra época, en otro lugar, un grupo de trabajadores decide que es hora de asociarse y pelear por sus derechos creando el primer sindicato. En el cuento de Mowgli original, la ciudad acaba siendo arrasada por la propia selva.

Me había metido en el baño de mujeres, con razón estaba todo tan limpio. Hice tiempo fumando el puro que había comprado. Media hora de reflexión diaria, es todo lo que un hombre que se precie necesita. Por el silencio repentino, supuse que se habían dado cuenta de la humareda y habían salido las dos del recinto. Proseguí tranquilamente con la defecación. La noche anterior había sido movida, bastante movida a juzgar por todo lo que llevaba soltado esa mañana. Cuando sales con Sócrates todas lo son, y yo cada vez estaba más mayor, más y más viejo, los órganos se me pudrían por dentro sin que me

diera cuenta, mis propios órganos... Necesitaba descansar.

Siempre me han llamado la atención esos tipos que nunca paran, los que revientan de noche y al día siguiente están al pie del cañón esperando que vuelva a anochecer para volver a estallar en un movimiento oscilante que se repite eternamente. Sócrates era uno de ellos, un inmortal. Si una persona normal después de una larga noche de juerga al día siguiente cree morir, el inmortal no, el inmortal renace cual ave mítica. El inmortal es ese tipo recién salido de un zarzal que pasea destrozado por la calle mirándolo todo sin mirar nada, andando rápido, siempre con prisa pero capaz de pegarse medio día tumbado en un banco. Es ese que bebe mientras se revuelca en la mierda, sonrío sin tener dientes y tiene el valor de un caballero de cuento. El inmortal está en todos lados sin pisar nunca el suelo, es un alma atrapada en un cuerpo que utiliza simplemente como vehículo para llegar a ninguna parte. Es el tipo con bombín que pasa por tu lado levitando, es ese yonki que camina con prisa, es Mr. Bojangles, es el sombrerero loco, es Charlie Sheen, es Lupin Lui, Tyler Durden, el capitán Haddock, Alex DeLarge, el tipo sonriente en "El triunfo de Baco", Remi Gaillard, Bernard Marx, el Che, Beetlejuice, James Dean, Lucky Bombay, Ícaro, Doherty, Neal Cassady, el Joker, George Best, Jesucristo, Don Quijote, Gainsbourg, Bender, el hombre bala, Bukowski, Charlot, el nota, Max Power, Mágico González, Robin Hood y Groucho Marx. Es todo y a la vez nada, pero siempre está ahí, donde salta la chispa. Porque sabe que sin chispa la llama que prende su motor interno se apagaría, se agotarían sus necesidades vitales y entonces sería tarde, demasiado tarde para hacer nada.

Una voz al otro lado de la puerta cortó mi discurso íntimo.

- Señorita, no se puede fumar ahí dentro.
- Estoy cocinando metanfetamina y como no me deje usted tranquilo pienso volar el edificio entero con todos los clientes dentro. ¿Ha entendido?
- Está bien, o sale ahora mismo o llamamos a la policía.

Siempre igual, a la mínima resistencia un canto a la autoridad.

- De acuerdo, de acuerdo. No se preocupe usted, llame a la policía y que ellos me saquen de aquí.
- ¡¿Cómo?!
- Supongo que echando la puerta abajo y sacándome a rastras mientras continuo cagando y fumando si no me han quitado el puro.
- Por favor, señor salga de ahí y no monte el numerito.
- Oiga, déjeme acabar mi sesión tranquilo y vuelva más tarde.

No hubo respuesta, terminé mi asunto y tire de la cisterna, en el fondo era una buena persona. Cuando salí del baño una pareja de guindillas me esperaba, me hice el loco aún más si cabe pero no sirvió de mucho. Los acompañé amablemente al coche patrulla donde rellenaron la denuncia. Estudiante sin recursos vive lejos del hogar y el estado no le proporciona ayuda alguna así que tiene que compaginar su horario de estudio con un minijob. Las estadísticas provenientes de Alemania son mentira, falacias al nivel del 11-S o el caso del perro Ricky. Con esa descripción conseguí la multa mínima, tarifas libertarias. Son peores que las compañías de telefonía. Al menos no me habían hecho quitar los cordones y cinturón previniendo el suicidio. Esperé a que la pareja de asesinos reprimidos se marchara para robar una silla de la terraza. Ojo por ojo, ya habría alguien que entrenara perros lazarillos para todos.

El odio social acumulado hace estragos en la garganta, escupo miedo por la boca y acabo durmiendo con la muerte acariciando mi cabeza. Calma chico, aun tienes que hacerte un poco más antes de abandonar la sartén. Fríete viejo cascarón, danza con el aceite y pelea con la sal mientras todo se derrite alrededor. Las mujeres son abandonadas por cabrones tuertos que sufren el merecido azar millas delante sin más taparrabo que una bota vieja recién pescada. Enciende las luces cowboy, es hora de que el farol ilumine el camino y las sombras del destino perezcan de necesidad. Lanzo fuego por la boca y acabo despertando en el infierno, palacios de reyes sádicos y gárgolas de mármol tristes que alegran el día a viandantes funestos. Juega con las peonzas joven diablo, el demonio que hay en ti no está aún tostado, queda aun tiempo para nada.

Tiré la silla metros más allá por un barranco. Un asiento menos, un hombre más alzado en pie, la revolución se estaba forjando en los propios establecimientos del mal. Decidí sentarme un rato en la plaza frente a mi apartamento, desde allí sabría si llegaba Viernes y además, los yonquis me harían pasar un rato divertido. Organicemos un mundial en tierra de negros, los que sean más oscuros serán utilizados como esclavos.

Camino de la plaza me tropecé unas treinta veces, estaba torpe esa mañana, con gente a la que no tenía gana alguna de saludar. Ellos lo sabían igual que yo, ambos poníamos caras de circunstancias y soltábamos un par de palabras agradables. No es que los treinta, veintinueve o treinta y uno fueran malas personas, quizá diez de ellos merecieran la pena, y quizá para esos diez yo formara parte del rebaño de los malditos, eso sólo lo saben papá y mamá. El caso es que en ese momento, la resaca estaba saliendo por mis poros abriéndose paso rajando la piel, por lo que no me encontraba demasiado bien anímicamente para andar dando explicaciones sobre mi morado en la cara, actitud esquizofrénica o cualquier tipo de comportamiento que no pudiera controlar. Algunas veces creo que mi mente y mi cuerpo forman dos entidades completamente diferentes cuyos accionistas se drogan en horarios distintos. Pensé en ella, en cómo me había lanzado sus tacones a la cara y saltado sobre mí sin dudar acerca de mi existencia.

La plaza estaba llena de ratas voladoras, palomas que con sus miradas inspiran desconfianza. Traman algo, ese movimiento cuco no puede traer nada bueno. Los gorriones sin embargo, son yonquis buenos. Tienen ojos distintos, mirada limpia, cara de buenos. Supongo será la propia ciudad, el zoo humano en el que están atrapadas las palomas hacen de ellas las ratas que son, perdiendo su esencia avícola original. Los yonquis humanos se mezclan con ellas poblando los bancos de madera personalizados con el tiempo. En el centro de la ciudad sólo viven yonquis y estudiantes erasmus, y muchas veces no hay diferencia alguna. Todos deberíamos vivir en un país diferente alguna vez o meternos un chute de heroína en su defecto. Ver la vida desde otro punto de vista. Lo importante es el viaje no el destino, al final todos acabamos igual de perdidos en el hoyo infinitamente oscuro.

Recuerdo una conversación que tuve la otra noche con la muerte. Sentado en el alfeizar con los pies pendiendo sobre el infierno gris, la vi tocar a mi puerta. Me sorprendí, claro está, nadie quiere ver a la muerte llamando a su puerta. Pensé en alguien enfermo o con demasiada vida, experiencias pasadas o cualquier tontería que cerrara los ojos. Nada. Estaba sólo en mi apartamento. ¿Iba a morir sólo y en calzoncillos? ¿Qué clase de muerte era esa? Lucky Bombay es hallado muerto mientras se tocaba atento a los movimientos de las féminas callejeras. Corrí a ponerme unos pantalones y una camiseta, también cambié mis calzoncillos por unos nuevos o limpios y me eché un poco de perfume, nunca se sabe lo que puede pasar una vez muerto. Carraspeé y abrí la puerta, allí estaba. Un manto negro inconfundible hasta mezclado en una multitud de viejas enlutecidas por la

vida. Serví dos whiskys rellenos con agua del grifo y nos sentamos a discutir la situación en la cocina. Sonaba Chet Baker haciendo de las suyas con la trompeta y mil agujas. Eructó y comenzó su discurso, nunca había escuchado eructar a la muerte:

- Estoy cansada de mi trabajo. Es monótono y aburrido, yo sólo quiero tumbarme al sol y comer mantequilla de cacahuete derretida.
- ¿También vas a llevar puestas unas chanclas con calcetines?
- Tal vez me deje un largo bigote, algo que me otorgue personalidad.
- Eres la muerte. Más conocida que Jesucristo y más temida que una madre zapatilla en mano y el hombre del saco juntos. ¿Para qué quieres un bigote?
- Para que haga juego con mi bombín.
- Cowboy Death.
- Soy más pirata que cowboy observa las pistas, mortal.
- Así que es cierto, no soy inmortal. Me lo temía.
- Es decir, me temes.
- Temo tu visita.
- ¿Y no a mí misma?
- ¿Eres una mujer? Siempre te consideré hombre.
- ¿Qué clase de hombre llevaría un vestido largo?
- Hay muchos hombres que llevan hasta tarjeta descuento en gafas y siempre andan por ahí ciegos.
- Eso no me interesa, como si quieren regalar suerte. Yo sólo vengo a llevármelos, sean ciegos, mudos, sordos o simples cuadrículas pluscuamperfectas.
- ¿Y quién los trajo?
- ¿Qué mas da eso?
- Soy huérfano y no conozco a mis padres.
- Yo tengo infinitos nombres y apariencias, no sé de dónde surjo y mi rutina no me deja ver más allá de mi camino. Pero aun así, sé quién soy.
- Yo aun no sé quien soy.
- Entonces tendré que volver a visitarte, te daré un poco más de tiempo.
- Es preferible.
- Hasta luego.
- Adiós (intenté decir adiós pero no pude y en realidad de mi boca salió un “hasta pronto” arrollador).

Seguí reflexionando sobre ésta y otras historias del pasado sentado en la plaza, ya no reparaba nunca en si estaba sucio o no el poyete donde me sentaba. Era una sensación libertaria el sentarme en cualquier sitio del suelo, en cualquier escalón desgastado o en cualquier mierda de perro sin darme cuenta. Hay ciudades donde es imposible encontrar un solo perro, y aun peor ni una sola rata. Los restaurantes chinos se hacen con el monopolio de los animales callejeros cual guerra civil española. Los que acusaban a Gadafi o Chávez son los mismos que peregrinan al valle de los caídos, demócratas de traje gris, burócratas con sonrisas de mil dientes. Intereses y egoísmo por doquier en un sistema absurdamente autoritario.

Pero no, ellos no comprenden la esencia. La chispa no late en sus corazones, no brilla en su occipital cabeza, no corre por sus venas hacia la luz. Simulan muy bien pero no son. Quieren poseerla sin conocer su valor, que no es catalogable. No, la chispa no es tangible. No bailan en alcantarillas sueltas ni duermen en adoquines sucios. Son demasiado limpios para contaminarse de vida, demasiado cuerdos para viajar en la

locura, demasiado muertos para morir.

Un hombre camina por la calle con su cabeza llena de sueños y una maceta cae sobre ella apagando la consola. Si el mundo dejase de girar todos los mosquitos nos estamparíamos contra el parabrisas del Rolls Royce propiedad de Dios. Jesucristo perdió en su lucha edípica y ahora millones de hormigas adoran a un oso hormiguero con lengua de oro.

- Sufro de falta de lujuria doctor. Tampoco encuentro en mí soberbia alguna, y por supuesto no conozco la envidia. Gula y pereza no hallo, la avaricia no entra en mi contexto, y todo ello no me provoca ira alguna. ¿Cuándo dejé de vivir doctor?
- Señor, usted nació muerto.

Desde mi rincón veo arte en cada fachada, los balcones crean mosaicos transformándose cada hora en uno mejor, bañados por el sol de la tranquilidad. Ese sol que se aleja más y más dejándolo todo tan frío. Las personas están cada día más solas, se alejan unas de otras casi como si lo estuvieran deseando. Se creó el periódico y la gente lo leía en el metro ignorando a su acompañante, walkman, WhatsApp... Cada vez más cerca y sin embargo tan lejos. Por eso hay cada vez más barbas, por eso se enganchan cada vez más a las series de televisión y rompen en lágrimas con el último episodio, por eso leen trilogías. Buscan algo a lo que aferrarse, algo duradero, algo seguro en esta vida cada vez más instantánea y veloz. Feroz modo de vida el que hemos creado para con nosotros mismos. Una muchacha acaba de romper con su novio y no se oyen sollozos, nada hace sentir ya a los bebés robóticos. Veo la vida como una película cuyo final resultante es mostrarme a un grupo de doctores monitorizando la historia de una persona, toqueteando su cerebro para inocular un romance, un gol o un puñetazo en la mandíbula. Es bueno cuestionarse la realidad de vez en cuando.

Vi pasar un grupo de hare crisnas y pensé en la reencarnación, de vez en cuando pensaba en todo ese extraño tema religioso de vidas salteadas como verduras en un menú chino. No es que yo crea en la reencarnación, pero me resulta curiosa, sí, me resulta bastante curiosa. Después del sistema musulmán serían ellos los elegidos si tuviera que decantarme por algún club de esos que llaman religiones. Por eso hay personajes históricos en los que me fijo, y cuando conozco lo suficiente de ellos como para que me apasionen no dudo en mirar su fecha de nacimiento y muerte, buscando casualidades baratas cogidas con pinzas malas de la tienda de los veinte duros de toda la vida que ahora regenta un encargado de mirada sospechosa. Tras ellos por fin llegó Viernes con su mochila de cuero a la espalda, cualquiera pensaría que se había pegado la mañana vendiendo pulseras por la playa. Suponiendo que fuera cierto, habría ganado un par de euros de los cuales sólo se quedaría con diez céntimos en su bolsillo que no le daban para comprar un desodorante con el que quitar el sudor creado en una carrera a muerte contra agentes de paisano. Agentes sin huevos u órdenes para acabar con el padrino, prefiriendo apalazar al Fredo de turno. Sérpico crece entre el musgo podrido.

Le grité y me oyó toda la plaza. Venía de clase, no se puede explicar la importancia que algunos dan a las clases de la universidad cuando estudios científicos han demostrado que cada vez sirven de menos. Cada vez los profesores son más como los alumnos, es decir, más gilipollas. Contenidos vacíos en horas perdidas, por eso crearon las listas de asistencia. Todo es un proceso de creación de cajas, pero nadie conoce el proceso completo, es como la fórmula de CocaCola sólo que la clave la anuncian en contrail. Los universitarios son adiestrados por grupos en una de las partes del proceso, ya sea embalar, amasar o precintar la caja. Sólo conocerán su parte del proceso, sólo se

relacionarán con sumisos que realicen su misma tarea. Y así, la fórmula del adoctrinamiento se mantendrá perenne.

Subí por fin a casa cuando Viernes abrió la puerta. Seguía desordenada, no es que esperara que unos duendes mañaneros la hubieran arreglado, pero fue la sensación de vivir en una pocilga la que me devolvió a la realidad. En el fondo todo se puede comparar con el hecho de fregar los platos, si lo vas dejando al final tienes una montaña de vajilla tan grande que merece más la pena prenderle fuego a la casa, cobrar el seguro y buscarte una nueva con un lavabo más grande.

Tenía algo de hambre así que rebusqué en mi zona del mueble situado debajo de la hornilla: macarrones, varios cartones de tomate frito, dos latas de atún, medio paquete de galletas, un paquete de palomitas de micro, especias de orégano y espagueti mix, cuatro rebanadas de pan bimbo y una bolsa de noodles instantáneos. Todo un botín para Long John Silver.

Cogí una galleta y mientras la mordisqueaba llenando el sucio suelo de migas abrí la nevera preparándome para el espectáculo: un limón y medio, dos sobres de ketchup, un trozo de queso y un tarro de mantequilla vacío. Pensé en mezclar todas mis posesiones carnívoras con la batidora y comerme el resultado (cartones y plásticos incluidos), pero teniendo en la esquina una pizzeria a dos leuros y medio la mediana decidí acabarme el paquete de galletas, ya habría tiempo para almorzar. Mientras tanto, Viernes iba de aquí allá silbando y mirándose al espejo cada vez que podía, estaba enamorado. Al llegar a la ciudad conoció una chica y se enamoraron, o al menos él se enamoró. ¿Cómo había hecho el hijo de puta para saltar al vacío y caer de pie? La verdad es que la chica no era mala, lo cual es muy importante en un comienzo y más si se quiere tener un final adecuado. Además leía, sabía curar una herida y no sabía manejar un AK-47. Al ser blanca más de uno hizo, hace y hará el comentario adyacente a los centímetros, o decímetros más bien, del alambre africano. Yo también lo pensé, aunque más bien lo oía noche tras noche, siesta tras siesta, "On" tras "On". La noche anterior había acabado con una racha maléfica, casi enfermiza, había recuperado mi mojo de las manos del maligno. Llevaba tantas resacas amaneciendo vestido que me sorprendió abrir los ojos y ver mi carne colgando sin sostén. Pero Viernes no dijo nada, estaba demasiado acostumbrado al ruido de la calle como para molestarse por cuatro embestidas mal dadas. Obvien el cariz homosexual que haya podido tomar lo anterior y sigan las pistas.

Revisé el correo: publicidad de telefonía, menú de un chino, publicidad de telefonía, bla, bla, bla. Un sobre cerrado sin nombre embraveció mi quietud. Podría ser una nota de desahucio, comportamiento inaceptable en un individuo, no sé a qué estaban acostumbrados en aquella ciudad pero me recordaba demasiado a todas las anteriores por las que había pasado. Mudanzas, ajetreo, tiempo perdido, constantemente tiempo perdido. No entiendo la gente que no hace nada. Se quedan ahí plantados viendo como pasa la vida y luego se mueren sin excitarse. Mierda de nota, como fuera una nota de desahucio se las iban a tener los caseros conmigo. Desahucios a mí, sin ni siquiera una queja cara a cara ¿qué se habían creído? Déspotas de la propiedad, aduladores de la vagancia.

Abrí por fin el sobre y me reí de mi furia repentina, era una carta del hijo de los vecinos dirigida a Baltasar. Riendo se la enseñé a Viernes, pues era el verdadero destinatario de los sueños de un niño de cinco años, de esos cuyos padres no son tan canallas de llevar a comprar los regalos al ToysRus. Pensé en las revistas de juguetes y en la ilusión que me seguía haciendo recibirlas en el buzón.

- ¿Qué harías si fueras blanco?
- Llorar.

Viernes se marchó entre risas y yo intenté hacer algo de ejercicio para mantener la forma engañada. Nunca había caído en que por debajo de mi puerta cabían ratas gigantes. Seres sin utilidad, como la mayoría de los que no hacen nada por cambiar algo aunque sea a peor, muebles con vida. Así se sentía la Bestia en su castillo, rodeado de aburridas mesas camillas, candelabros, armarios y demás inutilidades del hogar.

Las latas, copas, chupitos y jeringas del día anterior rebotaban desde el estómago al cerebro pasando por las rodillas. Vómito en el baño. Probé con flexiones, ya saben algo que me hiciera creer que lo estaba haciendo bien, que la temporada veraniega iba a pillarla a tiempo. Putas revistas de moda, pero que tacto, que olor a nuevo. No como mi cuerpo, para qué quería ser joven si mi cuerpo se negaba a congeniar con mi cabeza. Un cuerpo vengativo, rencoroso con los actos pasados. ¿No es Chopin el más grande de los pianistas? Prueben a beber escuchando a Beethoven o a Mozart, bueno a Mozar sí. Mozart queda muy bien sonando de fondo mientras un amigo le corta el pelo a otro a lo garçon borracho en la puerta de cualquier bar. Así que ahí estaba yo la noche anterior, apoyado en la barra mirando con mis falsos prismáticos a la muchacha más guapa de la discotheque. Y allí estaba ella, junto a su chico gigantescamente monstruoso cuyas manos, a cual más grande que los pechos de ella, podían amasar masas de pizza con sólo rozarlas.

Veinticinco flexiones y caí rendido. Otras veinticinco y caí muerto. ¿Quieres espabilarte? Dúchate. Limpia el sueño, aclara tu mente, dúchate. Llevas demasiado tiempo despierta y el mundo es de los soñadores nena. Pánico en el túnel. Un bajón de azúcar o de algo, qué sé yo, me golpea el pecho y da un palizón a mi espíritu. Como aquella vez que enganchamos a un amigo en plena huelga general, que paliza figurada entre voces conocidas y rostros encontrados. No hubo risa que sonara más fuerte que la imaginación del quantazo dado.

Ahí venía otro fogonazo, las imágenes del pasado se amontonaban en mi cabeza y me perdía entre recuerdos. Estaba mareado, me sentía mal sin motivo alguno. Mi mente actuaba de manera independiente, como si otro cerebro se hubiera integrado en mi cráneo y sólo dejara capacidad a mis verdaderos sesos para entender que algo extraño sucedía. Memorias de un pasado ajenas al mío, se reescribía mi vida cambiando hechos puntuales y exagerando las historias pasajeras. Necesitaba vomitar o salir corriendo sin dejar de gritar. Quería destruir, romper cualquier objeto o idea abstracta lo suficientemente frágil para ser arrasada por lo poco que quedaba de mi verdadero yo. El Mr. Hyde del que hablaba Sócrates me golpeaba, me dañaba lo justo para desestabilizarme. Era mi propio Mr. Hyde, sabía demasiado y yo apenas lo conocía, no era una cita a ciegas. Supe que fallecer no me haría descansar, no volvería a descansar más llegado el punto. Había cruzado la línea del remordimiento irracional.

Recuperado de mis vaivenes cerebrales, me arrastré a la ducha cual gusano mordisqueado en una guardería. La bañera que teníamos era del tamaño de un plato de ducha, es decir, tenía lo peor y lo peor de ambas fuentes. Así que no pude darme un placentero baño de leche Cleopatra. Coloqué el grifo al lado frío para que saliera caliente y me pegué cinco canciones callejeras de Nueva Orleans flotando en vapor. Mientras el móvil a modo de rockola emitía la música, pensé en las peripecias de las que había sido capaz junto a Sócrates entre copa y chupito, entre amigo y camarada.

LA verdadera HISTORIA DE LOS YONQUIS DE ROCKNROLLA:

Las noticias ya habían hablado del invierno más frío y del verano más caluroso de la historia, las mujeres seguían llamando la atención de los hombres y los hombres de las mujeres aunque éstas simularan negarlo, la gente compraba perros por entretenimiento, nadie había votado al partido que finalmente había llegado al poder, cientos de personas se arrepentían cada mañana de la noche anterior, los precios subían, los sueldos bajaban las panaderas seguían pareciéndome personas de fiar, los taxistas perdían poder en detrimento de las líneas de metro, la contaminación lumínica eclipsaba las estrellas (fenómeno que solo ocurría cada 4,54 mil millones de años), se hipotecaban hasta las bolsas de plástico, lo viejo ahora era cool, ser moderno no tenía nada que ver con ser moderno, el olor a libro nuevo aun no se vendía en ambientadores, y sólo les quedaban un par de picos antes de enfrentarse con la nada.

La poderosa nada había hecho de Pinky y Cerebro dos yonquis que caídos en desgracia el único humor que conservaban era tan obscuro que las propias hienas les rendían pleitesía. Dos jóvenes moldeados por la sociedad para ser brillantes cuyo brillo quedó en el papel de plata que robaban de papeleras escolares. Claro que esta imagen no es la que ellos mismos tienen acerca de sus pieles andantes.

Usar una cuchara para comerte un helado y más tarde para hervir medicina por necesidad es un logro para ellos. Han conseguido reducir los problemas vitales que sólo la especie humana crea contra ella misma, a meros desacuerdos logísticos sobre el uso de una vieja hamaca. Su sociedad es tan perfectamente no hermética que el resto del mundo no se atreve a poner un pie en su círculo tizado. Por eso andan siempre solos de bar en bar soltando barbaridades y riendo cuando no tienen cigarro que ponerse en la boca. Todos los conocen pero ellos no conocen a nadie, simplemente se relacionan. No creen en el contacto más allá del cara a cara, y cuando se cruzan con algún despreocupado caminante montan una feria. Más de un tren ha descarrilado al mezclarse con su dinamita. Y pensando el propio tren, que la vía campo a través seguiría hasta la eternidad, caído precipicio abajo para no regresar al calor del laboratorio nunca más.

Visten de cualquier manera pero a la mínima oportunidad se desvisten, no quieren llamar la atención, simplemente son faros de colores en un mar de sombras. Suben balcones sólo por sentir el Everest bajo sus pies, escalan murallas para sentirse valientes. En sus cabales se retuercen de dolor, sienten pena por Sodoma y martirio por Gomorra. No, nunca encontraran su hogar. Siempre andan demasiado lejos para sentir o demasiado cerca para gozar. Petardos esperando su turno en la fabulosa traca que el destino ha puesto en marcha.

Son héroes desconocidos, los vivos caminan inertes ante ambos espíritus, roban sólo por fastidio propio, lloran por no mear, no hay ley que marque la pauta, sólo quieren toquetear. Y así de un lado a otro, bamboleándose a ritmo de jazz, encuentran cobijo en recodos y sueñan con echarse al mar. Soldados del viento caliente, beben vino peleón, andan con gente corriente más querrían llegar al sol.

Un día detuvieron a Pinky, nadie volvió a saber de él. Lo acusaron de haber reído demasiado. Cerebro apareció muerto al poco, sentado firme y serio como nunca se le había visto en un banco perdido de un parque desconocido. Dijeron que murió de

aburrimiento.

Sentí el frío del mañana al salir de la ducha. Tanto y tanto frío, y tarde, ya iba tarde como siempre. Me vestí dando bandazos y me coloqué un gorro a modo de peluquería portátil. Recordé que debía mirar el email. Seguid creando correos, cuando se puedan enviar pensamientos todos nos meteremos pepinos. Respuesta a mis plegarias, debía abrir el mensaje para conocer mi futuro. Vaya mierda de futuro, ni adivina, ni cartas, ni siquiera una tienda de los horrores en la esquina. Futuros a base de click. ¿Qué me depararía el destino para el año entrante? Click. Página no disponible. Click. Cargando. Página no disponible. Click. Puto futuro que no llega. Click. Cargando, espere. Ahí venía esa excitante sensación de agonía. Mis rodillas molidas por la espera no dejaban de moverse, tenía ritmo, todo tenía ritmo. Sonaban trompetas, cajas, azulejos rotos, luces de colores grisáceos que rebotaban en puertas de mármol y descendían a los infiernos. Adrenalina en forma de idiotez, ¿Qué cojones podía hacer ya yo? Acelerado completamente hasta volver del infinito decidí de mutuo acuerdo con mi subconsciente caer en un profundo sueño que diera forma a mis pensamientos y me hiciera volver a la realidad una vez pasado el adecuado tiempo. ¿Qué si no el tiempo para darme una respuesta? Página no disponible. Basura. Ya lo miraría, si había esperado tanto, bien podía esperar un poco más. Palillo en boca enfilé la calle de la amargura.

Asiáticos con criminales resaltes flúor, ingleses no aptos para la elegancia veraniega, italianos amanerados sin rozar lo francés, americanadas canallas, retales africanos y aburridas estéticas alemanas inundan las calles principales que concentran el universo multicolor en la plaza del vil garrote, la vanguardia española nunca fue bien recibida en el futuro. Pierre comenta a Sasha el último modelito de Gianluca, ambos pasaron de las campanas a la estrechez sin quitarse las hombreras. Piel sobre piel, los animales urbanos más timadores se engañan entre sí haciéndose pasar por lo que no son. Camina la sabandija como si fuera un rinoceronte volador o una gallina mojada, hace tiempo que el Dr. Moreau cambió de especie volando en su cohete cósmico de barbitúricos y abandonando sus creaciones entre gases tóxicos de locura espontánea. La tierra está marchita y se consumieron las reservas de grano guardadas por el faraón en un banquete cerca de Sodoma.

Coloridas telas naranjas y espectaculares calvas volvieron a pasar a mi lado como niños en una juguetería. A un niño hiperactivo puedes incentivarlo dándole una batería, si le das una batería a un grupo de locos hiperactivos pueden acabar conquistando el mundo. Los instrumentos de los hare krishna no armaban demasiado escándalo, lo que acompañado a sus caras de pasmo hacía la situación divertida desde el punto de vista no ético. Otro cartón pintado, otro sombrero con monedas. Los transeúntes y demás personas sin valor, daban caricias al perro de aquel mendigo. Sonreían al ver su gesto que no simbolizaba otra cosa más que hambre, y comentaban entre ellos lo bonito que sería tener uno igual. El mendigo, sentado en segundo plano sobre nuestro tarjetón, asiste atónito al espectáculo de la estupidez humana. No había osos en la capital, tampoco lobos cuando llegamos. Las casas se construyeron solas y las catedrales las pagamos. Da Vinci prueba un nuevo boceto de aeroplano lanzando a un hijo de la iglesia por el balcón. “Algún día volará” se dice él mismo.

Olfateé humo. Seguramente alguien celebraba algo haciendo una barbacoa. Carne, cerveza, camada. Días de vino y rosas que pasaban tan rápido como bajaban las botellas o se marchitaban las hojas. No, no era una barbacoa. El viento traía consigo olor a

destierro. Un aire proveniente de Grecia, o quizá había alcanzado ya la costa española, traía noticias de un hombre sin esperanza pero lleno de orgullo. Ardía su casa mientras él fumaba. El ser humano que llenaba de nicotina sus pulmones acababa de rociar de queroseno la tienda que tenía en la planta baja de su vivienda. Una tienda familiar, simple, en la que de vez en cuando aparecía algún cliente y compraba un detalle como pago por el "buenos días". Pero de eso hacía mucho tiempo ya, el sistema financiero había elevado las tasas a un nivel tan alto que ni todos los empleados y familiares del comercio subidos a hombros llegaban a alcanzar. Este proceso dio lugar a una bajada en el consumo. La tristeza invadió la tienda, y los poquísimos visitantes que tenían algo que gastar no estaban para dar los buenos días. Y ahora además, el banco la quería. Exigía la tienda como pago de unas garantías que no garantizaban nada más que la pobreza eterna. Los bomberos y agentes de policía llegaron, y mientras unos apagaban el fuego, otros lo arrestaban, no sé quién hacía qué, pero sé que nadie hacía nada. "¿Qué me van a quitar ahora si lo que arde es mi vida?"

Continué silbando hasta la para del bus, silbar es sinónimo de revolución constante. Los bichos atrapados en un culín de vaso silban, y sólo cuando dejan de silbar pierden interés por la vida. La gente miraba escaparates y yo miraba gente, emocional resaca. Pasé junto a un puesto de castañas, es increíble la manera en que se organizan: horarios, fechas, kilos, materiales. Mundo barbitúrico el de los castañeros. El encargado del puesto por el que pasé era gigante, un petado irobable. Pasé de largo, deberían vender las castañas por unidades. Es más, deberían regalar las castañas y todos deberíamos hacer autocrítica al comerlas. La tontuna generacional ha de parar algún día.

Semáforo en rojo, reviso mi cara en el libro electrónico. Admito para mis adentros mi adicción, mi agujero negro de carcoma. Dieciocho personas cuelgan en su perfil una dedicatoria a la celebridad de turno que fallece, una veintena de felicitaciones vulgares invaden muros de extraños conocidos, los "Me gusta" de turno en cada publicación se sorprenden cuando llega uno nuevo y nebulosamente inesperado. Enlaces y más enlaces que se repiten en una infinidad de contenido basura, retales manipulados, el verdadero contenido está oculto entre las nubes. Todos hemos visto fotos de platos rebosantes de comida contemporánea y todos hemos huido echando pestes de ese local, no íbamos a ser menos con tu cuenta de gramos instantáneos. El tocadiscos ha matado Internet y ahora todos bailan agitando su bebida, sueños espumosos sobrevuelan nuestras cabezas dormidas. Un revés ético despertó a millones de seguidores aletargados en largas colas de espera, nadie quiere volver a mirar una pantalla. Todos salen de la caverna pero es tarde para ellos, la luz natural quema sus retinas en un día soleado, feliz para las generaciones futuras. ¡PUM! Han abierto fuego contra el retrasado de turno, ya no habrá más comentarios fuera de lugar, más hipocresía, más postreo pacifista-egocentrista. El anonimato ha quedado prohibido. Especifique detalladamente su fisonomía haciendo especial hincapié en cavidades y bultos, nosotros nos encargaremos de subir la foto pertinente para que el mundo pueda reconocerlo y lo señale con el dedo. Nosotros lo marcaremos a fuego virtual para la gran segregación de gustos y demás enseres de cocina. Confíe y acepte nuestra declaración moral, está llena de entresijos y manipulación. Bienvenidos al año 3000.

Sobrevolando en Kitty Hawk los tejados llenos de telas verdes ocultando felicidad, vi mundo buscando pista de aterrizaje en la parada del guagua castellano. Ojos contra ojos en un universo de miradas lujuriosas. ¿Cómo conocí a vuestra madre? Esnifábamos cocaína en una feria de mala muerte, ella entró al servicio y no hubo marcha atrás. Podría ser cualquiera de las que rompían mi itinerario siguiendo las líneas de separación entre baldosas. Mi infancia oculta hacía que anduviera esquivando imperfecciones. Decidí

darme un paseo por las nubes hasta llegar a casa del creador. Un gran San Bernardo manchado custodiaba la entrada, tenía en la boca la negativa lengua de San Pedro. Me acerqué y huyó, sabía que la maldad intrínseca guiaba mis pasos. Con una piedra abrí el candado de la verja, siempre ese candado, el mismo en todas las puertas. Pasé por un jardín lleno de pelotas perdidas que alguna vez habían sido golpeadas por niños ansiosos de azúcar. Cuando llegué a la puerta principal, ésta estaba abierta. Crucé un vestíbulo lleno de cuadros horripilantes, seres monstruosos, deformidades abstractas de la naturaleza humana. Él las tenía ahí para martirizarse día tras día. Me esperaba sentado en un gran sillón de masajes azul. Tomé asiento y vaciamos una botella de vino blanco antes de soltar prenda. Era el creador de todo lo existente e inexistente, un tipo con clase. Exigí que pusiera varias piezas de mi gusto en el tablero de mi vida, colocadas como al azar pero con premeditación y alevosía. Se negó basando su tesis en las leyes naturales. El vino, mi estado extrasensorial y la impaciencia delirante hizo el resto. Para cuando salí de allí el San Bernardo aullaba de desesperación junto al cuerpo de su amo. Acababan de regalarle ochenta y seis puñaladas. Era el agente doble de la madre naturaleza, ahora sería ella la que se apoderaría de la casa y crecería un gran manto de hierba abonado con la putrefacta carne del creador. El titular de los periódicos era una frase nietzscheana. Una barbarie amoral estaba a punto de resquebrajar los decorados. Mientras tanto, yo seguía caminando calle abajo cruzando miradas con toda clase de personas y perros, los gatos eran demasiado inteligentes para jugar a ese juego.

Un edificio poblado por vecinos que apuntan al desahucio. Un fondo de inversiones ha comprado el bloque junto a otros bloques más en el barrio, viviendas sociales en manos de gilitos sin escrúpulos. Los que allí habitan no sonríen, perdieron la alegría al nacer. Rostros tristes hurgan en bolsillos ajenos buscando la felicidad, migajas robadas de desesperación. Al otro lado de la calle las casitas con jardín son diferentes, contrastan amablemente con ignominia. Los tipos que en ellas viven son alegres, salen a comprar el periódico para introducir algo de tristeza que les recuerde lo felices que son. Sigo mi camino, como siempre llego tarde. Me gusta mirar el reloj cuando voy camino de mi destino y ver que aun no ha empezado el acto a pesar de que voy a llegar veinte minutos después. Una chica acompañada de su novio cruza su mirada desafiante, pobre de él. Una mujer entrada en años pasea a su perro y solamente tiene ojos para mí, pobre de él. Una madre juega con su hijo pero aparta su atención a mi paso, pobre de él. Dos amigas sentadas en un banco despegan sus pupilas de las conversaciones vía WhatsApp que mantienen con sus respectivos rollitos de primavera ante mi llegada, pobre de ellos. Sonrío y pienso en quién duerme solo, pobre de mí.

Llego a la parada justo a tiempo de ver mi autobús largarse, no corro tras él. Oteo el horizonte, sin vistas a una próxima llegada temprana. Me siento al lado de un hombre mayor que espera otro número o que simplemente espera. Lleva un sombrero marrón mierda en la cabeza, es fabuloso. No conozco a ningún sombrerero, debería acercarme a una sombrerería y ver si realmente me atiende un conejo. Pasan delante nuestra varios coches y entre medias un carruaje de caballos. El tipo que lo dirige es castizo de aquí: color caramelo, barba cerrada afeitada a ras, nariz prominente, orejas pequeñas e incipiente vello asomando, entrecejo semi poblado, bañado en Varon Dandy, y con entradas para ver en un futuro la plaza. Va fumando un gran canuto pompeante, se limita a echar los días, pasear guiris de aquí allá, siempre con pocas palabras y asqueado en cada bache. El nuevo siglo se le echó encima antes de empezar a hablar y ya no hay forma de cogerlo, decrepitud de la moral humana. Simple mecanismo despertador en rutina ahumada. Llegan dos turistas japoneses a la parada, hacen su aparición cantando y danzando entre pétalos de rosa, bañados por millones de flashes levitan sobre el suelo. Ni siquiera un navajazo en una esquina conflictiva de la parte oscura los sacaría de ese

estado de ensueño que los atrapa una vez aterrizan en este terraplén del continente burgués.

Pasa un camión de bomberos dejando su canto de sirenas en forma de tímpanos reventados. Los pirómanos adoran a los bomberos, los necesitan como perro al gato. Un día la filial de Pirómanos SA se reunió e incendió la base de los bomberos de la ciudad de “El pito del Santo Corto”. Ahora esa ciudad no es más que una gran montaña de neumáticos en constante combustión.

- Valentía ante todo.

Nuestra vida es una resaca postvacacional continua. Ninguno de nosotros está acostumbrado a sufrir físicamente hablando. Nos hemos centrado en el lado psicológico del ser, ese que hemos cultivado tras tantas horas sentados estudiando, echando el tiempo delante de un papel, creando expectativas tras una pantalla. Somos masas de carne lloronas. No hay trabajo pero tampoco queremos trabajar, las mañanas de sofás son demasiado apetecibles, son pura droga una vez se pierden. Somos yonquis de la vagancia. Aquel mes de verano con sueldo es la excusa perfecta para salvarnos de la criba. Pero estamos ahí, a sólo un paso de la más infinita tristeza. Ansias recetadas por los médicos. No hay marcha atrás, el reloj de la vejez no hace más que adelantar la hora cada solsticio. Entonces te quejarás de los jóvenes holgazanes que han ocupado el hueco que dejaste, pero simplemente será un odio hacia ti mismo, una oda enfurecida al paso del tiempo. La artritis maneja tus movimientos y sólo una copa de coñac mañanera puede calmar al poeta. Firmarías el alzheimer con tal de olvidar tus fracasos pero tampoco eres capaz de hacer pactos con el diablo. Tú escucha, joven viejo, más vale que aprendas a vivir si no quieres andar siempre con los cordones desatados.

A mi lado hay una pareja oriental. Hablan vocablos inauditos en el pueblo de “Piel de vaca y carnero”. Hago como que los entiendo, me encanta hacer el extraño, sospechar del mundo y poner caras de circunstancia. Hacerlos sentir mal para que luego se den cuenta de que los he engañado y así quedarme con sus empresas y terrenos nacionales a base de deudas sempiternas.

- Sé idiomas.
- Usted aquí: ver, oír y callar. Y si no supiera idiomas no tendría que oír ni esforzarse en callar.

Dejo pasar delante mía a todos los nómadas de la parada. Después, como buen caballero en una reyerta de gitanos, enfilo el asiento más alejado del conductor. Los buenos y tontos hidalgos no ocupan los asientos del bus. Cojo mi Ipod e insufló glucosa a mis oídos, comienza el espectáculo. Todos bailaban al ritmo del electrodo, la chispa de la improvisación se había perdido en un teclado lleno de teclas estúpidas e inútiles. Un simple botón ponía en marcha la maquinaria de movimientos conducidos. Los explosivos se producían mientras tanto sobre la taza del baño de minusvalorados.

- Hay que saber qué tema poner para animar a la gente, no es tan fácil como darle a un botón.
- También hay que saber qué tema tocar para animar a la gente, no sirve con tocar el mismo botón.

Los negros con trompeta y piano, así como las bailarinas con clase habían sido desterrados a clubes perdidos en carreteras camino al infierno. Abandoné mis prejuicios y

proseguí cascándome las rodillas, no estaba tan mal eso de perder los sentimientos y ceder parte de tu locura, siempre que pudiera recogerla de nuevo en el guardarropa al salir, era mía y por tanto patrimonio de la humanidad. Al menos había tipos que si sabían de lo que hablaban, compositores que sin llegar a Verdi eran capaces de inocular sentimientos vía eléctrica. Lástima o suerte que se escondieran en cavernas donde sólo acceden los privilegiados con sentido común y verdades por dinero.

Llevaba tiempo buscando un sonido nuevo, había llamado a Marty McFly pero tampoco él lo encontró. Un día aburridamente vacío, sentado en una incómoda silla con la luz apagada y las cortinas a medio correr, dí un buche a un vaso de agua rellena del grifo la noche anterior. Afuera no se oía ni un grito, nubes sin formas tapaban al sol, sonido de obras lejanas acompañaban al compás la mudanza del vecino de arriba. Dejé el vaso sobre la mesa y continué saltando de vídeo en vídeo sin prestar atención, observando absorto los relieves del goteo de la pared. Me golpeó un sonido sesentareamente californiano, una voz desgarrada por el hastío cantaba a la vida disfrazada en el absurdo, tres notas de bajo guiaban un punteo tan simple como mágico. Ahí estaban, escondidos en un baúl de recortes, luciendo largas melenas y disfraces en actuaciones psicodélicas no aptas para realistas y recomendadas para salmones.

Hay quien piensa que la música que suena es rara, su conocimiento es nulo. Hay quien piensa que la música es mierda, podrían llegar a tener un conocimiento absoluto. Quizá piense eso la mujer que camina por la acera, la veo a través de la ventanilla. Una bicicleta la adelanta por la derecha, ella la ve alejarse. Seguramente no piense en la música, seguramente se vea a ella misma montada en la bicicleta llegando en apenas minutos a su destino, pero no, llegaría sudada y despeinada, y eso no es propio de una señorita diría Don Draper. Coge el ascensor siempre que puedas y colócate de espaldas a la puerta, sorpresas si no hay espejo ante el pitido de parada. Sube en tacones a las torres gemelas y bájalas a ritmo de explosivos. Demasiado esfuerzo, se apodera de mí el cansancio.

Llevo cansado mucho tiempo, no sé si es fruto de la medicación que últimamente no ha sido para nada austera o simplemente estoy muriendo irremediabilmente. Me imagino mi funeral, me encanta imaginar mi funeral, supongo debido a que no voy a poder verlo. Si las religiones ofrecieran 2x1 y muestras gratuitas, Karl Marx habría sido el creador de McDonalds. Allá va la larga cola de amigos y enemigos perfectamente alienada para la ocasión, se acercan e inclinan delante de mi caja de gusanos en un completo silencio sólo roto por los continuos llantos de todas y cada una de mis amantes. Entonces la imaginación racional toma el control del dirigible y se larga de mi cabeza para dejar paso a un mono con chanchas. Todo cambia, mis más de mil amantes femeninas en un 99,3% se masturban con réplicas exactas de mi fémur. Mis amigos me llevan a dar una vuelta manteando mi cuerpo inerte por toda la ciudad. Parques de atracciones, bares de chupitos, monumentos llenos de turistas... cualquier sitio es bueno para jugar con mi caparazón sin reparo. Más tarde, mis más íntimos me conducirán a una casa de putas donde agrandaré mi leyenda postmortem mientras sigan haciendo efecto las pastillas de viagra que hicieron con mi órgano rojo lo que ninguna pudo. Ya se vislumbra la avalancha multicultural que balas al aire y cuadros con mi imagen en mano, va acercándose a la estación espacial para darme el último adiós. Mi carne tras descansar en la casa familiar es remolcada en funesto carruaje negro hasta el cohete que me ha de lanzar al espacio. Me colocan en la cabina del piloto, los mejores astrónomos del siglo XV calculan la hoja de ruta, y catapultado cual piedra pómez surco los cielos para atravesar un agujero negro, el último de su especie, que me vomitará por su culo para hacerme fluir por el espacio en busca de la inmortalidad ya perdida.

Mis pensamientos se alejan y vuelvo en mí, sigo sentado en el asiento del bus que se ha ido llenando sin que me diera cuenta. A mi lado una pareja de recién enamorados están pegados como cangrejos ermitaños, más adelante un anciano grita a su móvil de última generación un “puta” antes de colgar la llamada, está claro que la edad le ha otorgado el respeto que no le dieron los años. Un adolescente granulado con cascos aun tiene esperanza en llevar al baile a la chica más guapa de la clase, la música americana ha cogido las riendas de su sistema nervioso y lo ha desviado de la jungla estudiantil sureuropea. Hay unas chicas que vienen de compras cargadas de bolsas y conversaciones cargantes, aún así se podría fantasear. Sigo observando las especies suburbanas que pueblan el almacén rodante: un par de universitarios hindúes con buen olor, un tipo que parece profesor pero lleva calcetines de alumno, una mujer mayor y su carrito, periódicos esparriados por el suelo y unos ojos marrones. Los paso por alto dirigiendo mi mirada a la bicicleta con menos marchas de la disco, la misma por la que ha pagado billete de persona un tipo peludo, pero vuelvo atrás. No, no son los mismos que me miraron anoche. Aquellos ojos que me juzgaron sin utilizar el código y golpearon con su copa el estrado mandando a todos los testigos a la mierda. La constitución de los borrachos me había dado la razón en aquel juicio de buena educación y malos modales.

Se enciende el cartel de “Parada Solicitada” en el letrero digital, algunas mañanas solía tocarlo en todas las paradas sólo por amenizar el viaje al conductor y a mí mismo. Las chicas con bolsas se bajan saliendo por la puerta trasera. Por la delantera hace aparición un tipo trajeado. El traje azul oscuro es caro, seguramente lo ha pagado con el dinero del coche. Pero ya está bien de juzgar entes, descansenos un momento aún no soy viejo. Los viejos se vuelven temerosos ante los excesos de juventud, no pensaban durar tanto y ahora se preocupan por sus canas cuando no incipiente calvicie, sentados en la sala de espera para pasar la revisión anual de colon. Pero yo no tengo entradas aun, todavía puedo cambiar mi nombre por el de un río o una montaña, los nombres de los ríos y las montañas son inmortales. Sí, quizá me deje rodar por los juzgados y me haga llamar Mississippi.

Me invaden unas ganas tremendas de mear, puta psicología. Meé antes de salir, no podía quedar nada en mi vejiga, era imposible. Empecé a moverme y poner posturas raras que no servían para nada pues me ponían más nervioso, cualquiera que estuviera pendiente de mi actuación se mearía de risa. Como el que intenta ayudar a todas las feas zumbando, y es él quien necesita un arreglo. Respiro fuerte. El putrefacto aire de autobús inerte calma mis ansias. Expelo el aire modificado, ahora tiene algo de alcohol, quizá me detengan si lo respira algún crío. Los jóvenes están ansiosos, todos ansían algo y no saben qué. Se aferraran al postre hasta que se consuma la tarta. Rasco mi espalda, picor beodo sin duda. Necesito salir ya del aparato, descuelgo mis auriculares en claro síntoma recetable de paranoia. ¿No son las drogas el mejor invento o más bien, descubrimiento de la humanidad?

Piénsalo, te he dejado una página entera para ello, no hay nada tangible que modifique tanto los sentimientos. Cuando una película es buena o un libro te enchufa al conector, decimos que es pura droga. Todo está hecho de droga. El pañuelo con que te suenas los mocos o la chica de verde se seca las lágrimas es droga, los altavoces que inundan los corrales despotricando contra el sistema penitenciario son droga, esos mocasines que reflejan tus calzoncillos son droga. El mundo es una gigantesca pastilla llena de modificaciones y a veces mortal, pero tan agradable, tan placentera que dejarlo es alcanzar el vacío emocional. Si quieres ser completamente libre debes convertirte en un yonqui. Debes ser el yonqui legendario. Ese que mira tan arriba que siempre va descalzo. Junkie, junkie, junkie, JUNKIE. Sálvate de la vida joven yonqui, líbrate del mal envenenando tus venas con gasoil. En Grecia ya lo han probado, la sisa aparta el mal de las mentes enajenadas, qué más da, sólo son vidas, irrepetibles momentos conjuntados en un minúsculo cerebro que cada día funciona peor. La nuez del remordimiento te golpea como si fuera una ardilla en la fábrica Wonka. Estamos perdidos en la galaxia con la sola compañía de un astronauta sin SAFER, mientras nos cruzamos con extraños extraterrestres en nuestro recorrido de planeta en planeta hasta quemarnos al sol.

Al fin salgo del habitáculo con ruedines, necesito una bicicleta de rueda alta para mis movimientos suburbanos. Cruzo el semáforo en rojo, todos lo hacen, no voy a ser menos. Quitamos el pendrive de forma segura pero después nos tiramos de cabeza contra el primer camión de cerdos que pasa. Continúo mi camino, el edificio oscuro que hay en frente no inspira ganas de trabajar, en realidad nada inspira ganas de trabajar en un vago y maleante como cualquiera, como yo, como tú. Tumbado contra una pared hay un mendigo, un ser humano que duerme tapado con el frío y la contaminación lumínica, cortando el camino del viandante. Pasa una moto y desvía la atención del peatón, de ese tonto de a pie que despistado olvida que las horas pasan. Cuando vuelve a mirar ya no hay nada, sólo un charco de meado y muerte repuebla la acera. Entro por una puerta normal, llevo demasiado tiempo sin pasar por una giratoria, quizá debería hacer una excursión a un hotel cercano y dedicar la tarde a entrar y salir hasta que ocurra algo cómico, unos pantalones rotos o una bufanda horca que animen a los aburridos botones que cuentan las horas para largarse a encender la consola. Imponentes mostradores muestran su firmeza de cara a los visitantes, me acerco y tras echar un ojo cual Frank Abagnale Jr, elijo a la chica más atractiva.

- ¿La escalera al cielo?
- ¿Perdón?
- Perdonada – me quedo callado y ella expectante.
- Señor ¿desea algo?
- Un martini, shaken not stirred.
- Si no se marcha voy a tener que llamar a seguridad – otra vez la dichosa seguridad, bendito peligro.
- ¿Cree que planean matarme?
- Por favor, estoy haciendo mi trabajo.
- Y lo hace realmente bien, ¿sabe por qué me he fijado en usted? Porque pienso pedirle matrimonio, pero es un secreto, no se lo diga usted a nadie y menos a usted, me enfadaría mucho con usted si usted se lo dijera a usted ¿entendido? ¡Y espabile! ¡Pedí un martini hace apenas unos segundos y aún no está aquí!
- ¡Seguridad!
- Vale, vale, está bien, vengo por lo de la entrevista de trabajo. ¿Qué planta es?
- Desde luego que valiente loco, segunda planta, despacho treinta y cuatro.
- ¿Cómo ha dicho?
- Segunda planta, despacho treinta y cuatro.
- No, no. Lo primero ¿puede repetirlo?
- Lárguese.

Enfilé las escaleras subiendo escalones de dos en dos. Un conejo blanco miró su gran reloj de bolsillo a mi lado y ambos asentimos elevando cejas, llegábamos tarde. Alcancé la segunda planta, ya había una gran cola de interesados en esclavitud delante mía, dispuestos a firmar largos contratos inadmisibles por el simple hecho de invitar a una caña en el bar y decir: las cosas no están tan mal. Una familia muere intoxicada en Sevilla por ingestión de alimentos caducos.

Había que pedir número en recepción, la muy hija de puta no me lo dijo, se iba a enterar. Bajé las escaleras pero me tropecé y caí rodando en recepción. Una vez caí escaleras abajo cargado de copas y no se derramó una gota, el alcohol hace milagros. Esta vez elegí a la mujer mayor situada al lado de la mujer de mi vida.

- ¿Desea algo señor?
- Señor Rosa.
- ¿Cómo?
- Déjese de preguntas – espeté cortante - ¿sabe que su compañera y yo nos vamos a casar este domingo?
- ¿Pasado mañana? – respondió impasible.
- Si, ¿no le ha llegado la invitación? - rió mirando a su compañera, ésta oía la consulta de otro cliente pero escuchaba nuestra conversación con una medio sonrisa dibujada en su GRÁCIL rostro. Siempre quise escribir grácil en mayúsculas, no podía dejar pasar esta oportunidad – He reservado cura y hablado con la iglesia a pesar de no ser católico.
- ¿Es usted protestante?
- Y tanto que lo soy, el otro día asistí a una huelga de hambre en protesta contra los tipos delgados. ¿Quiénes se creen que son? ¿Piensan que pueden comer todo el chocolate que quieran sin engordar ni un gramo? Ni hablar, señorita deme la hoja de reclamaciones.
- ¿Qué es todo este circo? - un encargado se acercó - ¿Quién es usted?

- ¿Cuándo habla de usted se refiere a mí?
- Sí.
- Oh, no hace falta tanto respeto aun no he hecho más que nacer y vivir de mis padres.
- Eso no me importa, ¿qué quiere?
- ¡Oiga un respeto! Le cuento mi vida y usted me corta en la parte más interesante. ¿Sabe que voy a casarme con su empleada?
- Márchese o llamo a la policía.
- Estoy harto de que todos llamen a la policía, si ni siquiera estoy desnudo.
- ¡Señor no se lo repito!
- Está bien, está bien. Todo era una broma, soy el chico del periódico y venía para el reportaje al señor... ¿cómo era el nombre del director? Siempre lo olvido.
- Dreyfus, señor Dreyfus.
- Eso, Dreyfus. Vengo a hacerle un reportaje para el periódico.
- ¿Y tiene que montar el espectáculo?
- Es parte de mi función.
- ¿Qué periódico es?
- El más leído, saldrá en portada, su hotel se llenará de clientes y tanto usted como yo seremos ascendidos a los cielos.
- Esta bien, déjese de tonterías y venga conmigo. Tendrá que esperar un poco porque el señor Dreyfus está reunido.

Me alejé con el encargado harapiento, guiñando un ojo a mi prometida mientras ella cuchicheaba con su compañera “pero si me dijo que venía por la entrevista de trabajo, está completamente loco”.

Sentado en un sofá tan cómodo que no los venden a personas normales reflexioné sobre lo que acababa de hacer. Yo no estaba allí para realizar ningún reportaje, es decir, sí pero no era lo planeado. Yo simplemente había acudido por un trabajo de becario ofertado por la universidad, pero ahí estaba, sentado esperando para entrevistar al magnate Dreyfus, Podría ser divertido, siempre la chispa.

Tras largos minutos, no recuerdo cuantos, juzguen ustedes mismos lo que significa una gran espera. Para algunos son 9 meses, para otros 2 segundos o toda una vida, yo sólo odio esperar así que cualquier espera es una gran espera, por eso siempre llego tarde aunque creo que esto lo he dicho ya. En fin, entré al despacho y allí estaba el señor Dreyfus: traje impoluto, camisa de ejecutivo ¿qué carajo hacen los ejecutivos sin guillotina en sus despachos? Pierden toda credibilidad. Corte de pelo caro y vulgar, afeitado y con algo de ojeras, el señor Dreyfus era el prototipo de empresario que sueña con conquistar el mundo a base de talonario. Era tan rico que ya no sentía.

- Pase, pase – le dije.
- ¿Cómo que pase? El que está dentro soy yo.
- Ah, perdone es que tengo sofobia.
- ¿Y eso qué es?
- Temor a adquirir nuevos conocimientos.
- ¿Existe?
- Si, también tuve un tiempo dipsofobia pero la curé bebiendo.
- Bueno siéntese y comencemos, ya sabe que no tengo mucho tiempo.
- Si, se le ve mayor.

- ¿Cómo dice?
- Nada, que bonita flor.
- ¿Qué flor? ¿Aquí no hay flores?
- ¿Acaso padece antropofobia?
- ¿Y esa qué enfermedad es ahora?
- Miedo a las flores.
- No, no padezco antropofobia o como se diga. Déjese de tonterías y hágame las preguntas.
- Está bien – dije preparando mi cuaderno y un bolígrafo – comencemos.
- ¿No va a usar grabadora?
- ¿Grabadora? Eso es del pasado, ahora se llevan los microchips implantados en el cerebro, lo registran todo y después sólo tengo que abrir la boca para reproducir todo su discurso.
- ¿Se está riendo de mí?
- ¿Yo? Para nada, ¿acaso se escuchan carcajadas?
- No hace falta que se escuchen carcajadas para saber que una persona se está riendo de otra.
- Bonita reflexión, primera pregunta: ¿quién cree que ganaría en una pelea a muerte, un tigre o un león?
- ¿Esa que clase de pregunta es?
- Ha de identificar al animal ganador, tenga en cuenta que no se permite el uso de armas de fuego.
- Oiga, creo que usted me está tomando el pelo y voy a tener que pedirle amablemente que abandone el despacho.
- Eh, relájese. Son simples preguntas para quitar tensión, lo estudié en la carrera. El entrevistado tras responder esta serie de preguntas se siente más relajado y acomete las siguientes respuestas con total definición.
- Está bien, prosiga.
- ¿Cómo prefiere los chochos, peludos o rasurados?
- ¡Oiga!
- Vale, vale. Me la salto. ¿color favorito?
- Verde.
- Mmm, verde. Le habría atribuido el marrón.
- Continúe, no me interesan sus opiniones.
- Bien, siguiente pregunta. ¿Cómo prefiere los chochos, peludos o rasurados? Eh, perdone, no sé que hace esta pregunta otra vez aquí – el tipo se estaba poniendo realmente nervioso – a ver, ¿perros o gatos?
- No me gustan los animales.
- Bueno pero diga uno, ¿perro o gato?
- No me gustan los animales le he dicho.
- Está bien, perro.
- Oiga no anote nada, no he respondido eso.
- No, no. Me refería a usted.

El resto fue una simple invitación a abandonar el despacho y en consecuencia el edificio entre abrazos de seguridad y sentencias sobre mi suerte por no llamar a las fuerzas del orden. Adiós a la esclavitud por trescientos napos, nunca llevar un café estuvo tan bien pagado (Iron Man), pero había resultado encantadora la visita.

Ya en la calle, recupero mi dignidad a golpe limpia polvo. Entro en un supermercado que

hay de camino, hace frío dentro, alguien está jugando con el termostato a ser dios. Me imagino a todos los empleados cantando y bailando como en Bollywood mientras yo cruzo pasillos montado en un carrito que voy llenando con todo tipo de bebidas, pero la realidad es distinta, parezco más bien Nicolas Cage buscando una cerveza barata. Paso junto a una chica que ofrece muestras de queso, demasiadas tonterías esa mañana, paso sin tomar ninguno. En Tallin ofrecen muestras de whisky desde las nueve de la mañana y sé de más de uno que ha salido a rastras del super.

Holsten, Stella Artois, Carlsberg, San Miguel, Beck's, Budweiser, Rolling Rock, Sol, Guinness, Corona, Heineken, Olvi, Miller Lite, Coors, Yuengling, Sam Adams, Quilmes, Carmen, Skol, Karhala, Cruzcampo, Canadian, Keo, Aguila, Primus, Cass, Stella, Alhambra, Golden Star, Estrella Damm, Saku, Fiji, Karhu, Kronenbourg, Mythos, Regal, Gallo, Carib, Prestige, Phoenix, Drehe, Carling, Viking, Peroni, Asahi, Bavaria, Tusker, Almaza, Svyturys, Ringnes, Atlas, Murree, Zywiec, Baviera, Super Bock, Paulaner, Ursus, Amarcord, Tiger, Lion, Piton, Castle, Parbo, Safari, Efes, Celtia, Nile, Halida, Zambezi. La vida está llena de decisiones difíciles.

Abro una malagueña y exquisita en la puerta y enfilo la avenida dispuesto a coger el bus pero un pitido llama mi atención. Normalmente no suelo girarme ante las llamadas, un rasgo distintivo de jefe o una bobería de crío. Casco, gafas de aviador y bufanda lo definen, es el loco Johny con su sidecar.

Montar en el sidecar de Johny era siempre un viaje cósmico hacia una galaxia desconocida. Se llamaba Johny porque de niño no hacía más que gritar "Hu-há", y había acabado quemando un colegio, las típicas historias sobre la creación. Al menos no era el pichacorta, el manteca o culo fino. Los apodosos son una ruleta sin casilla verde en la vida de un niño, que puede llegar a tomar dimensiones adultas, y todo lo que toma dimensión adulta es fatal. La vida antigua en el recreo era totalmente diferente. Era la edad media y los caballeros se enfrentaban en justas de balón midiendo su popularidad en carisma otorgado a base de castigos y favores. Ya no, la sociedad está ahora tan podrida que ha llegado a pudrir sus propias raíces. El bosque está marchito.

Como iba diciendo, los viajes con Johny eran un show. Tú comprabas tus palomitas y refresco y te sentabas a ver una película al azar. Aquel día cuando me recogió, supe me tocaba lidiar con una novela adaptada de Hunter S. Thompson. Arrancó sin mirar a ningún espejo, podía conducir sin espejos y no darse cuenta, creo que podría conducir sin saber que estaba conduciendo, frenó para no comerse a una vieja dispuesta a ser indemnizada y lo dejó caer: había estado toda la mañana comiendo setas. Confiaba en su capacidad de piloto así que me pareció tremendamente ocurrente. Psicodelia aderezada con olor a goma ardiendo. Conducir es una actividad inestable. Hemos hecho de ello un desafío, el control total sobre el caballo, la responsabilidad máxima en el jockey, la pérdida completa de la chispa para el corredor. Ataque de asco. Llevábamos diez minutos emparedados entre un Megane azul y un Corsa blanco cuyos conductores no eran siquiera mujeres. Sólo se oían pitidos y más pitidos. El enterrador cava una tumba con palillos de dientes. La sensación del rotulador gastado contra la pista deportiva se apoderó de mi sistema nervioso, moví piernas y tronco en un intento de controlar el qué. Una moto pasó rozando mi compartimento y estuve a punto de alzar el brazo para estamparlo, debía calmar a la bestia tartamuda.

Pitidos sordos nos rodeaban, la luz verde indicaba la vía libre sobre el acueducto dirección a cualquier boquete llamado hogar. Había quedado para almorzar pero acompañé a Johny a pillar materia incandescente que alegrara la sangre azul y triste. Hay

ciudades con un flujo continuo de droga moviéndose alrededor, cruzando vías, atravesando pasos a nivel, escarbando túneles y empolvando el alcantarillado. Todo lo que tienes que hacer es dar una vuelta por sitios clave y adoptar una actitud de reciprocidad o simplemente caminar de un modo extraño. Otras ciudades disponen de sus propios taxis de la droga, vas a un parada de droga (normalmente andan llenas de coches reventados que llaman la atención a kilómetros luz, y cuyos conductores parecen por sus vestidos unos taxistas cubanos) y desde allí te acercan al punto de venta, donde una vez hecha la transacción te mandan de vuelta. Tú pagas, ellos venden y las autoridades ponen la mano para no mirar, todos contentos. Nuestra situación aquel mediodía era distinta, debíamos llegar al punto de venta sin utilizar TomTom. Atravesamos la alameda principal y cogimos la primera calle a mano derecha, la que hace esquina con un club nocturno que sigue abierto a esa hora. La noche anterior algún chaval perdería la virginidad con la misma mujer que media hora antes se la chupaba a un tipo casado con el demonio en bata y rulos. De temas fiscales no entienden, ven llegar el dinero a casa, coches de lujo, apartamentos a pie de playa en complejos construidos sobre terreno protegido pero cuando son requeridas ante el juez no saben nada. Las mujeres sólo conocen los cuernos de sus maridos, toreros ellos en plaza ajena, pero hay carteles, sí, siempre habrá carteles con sus caras empapelando toda la ciudad. Prohibido fijar carteles. Prohibido orinar en las esquinas. Prohibido pinchar en el callejón. Prohibido salir a la calle. Prohibido vivir.

- Una princesa no se iría nunca con un loco.
- Eso es porque no sabes nada sobre princesas.
- Adiós, princesa.
- Hasta la vista, loco.

Recordé, si es que se puede recordar algo que no pasa, que nunca había besado a una prostituta, o por lo menos no que yo supiera. Doblamos otra esquina, pasamos un par de semáforos en ámbar y cuando parecía que el tercero nos cogería en rojo doblamos a izquierda, acelerando el viejo sidecar paralelo al mar. Azul infinito manchado de salvoconductos y cenizas desperdigadas. Un viejo vivía en un faro pensando que su foco daba luz al mundo en tiempos oscuros, cuando estaba muriendo se dio cuenta que no había pasado nunca un barco por allí, entonces le dio por mirar atrás, nunca miraba hacia atrás sólo seguía la luz de su faro. Al mirar hacia atrás, vio miles y miles de embarcaciones destrozadas, desde carabelas a presuntuosos yates, veleros y transatlánticos. Todos yacían allí varados, a la espera de una luz que nunca rozó la oscuridad.

- Todo esto se repetirá infinitas veces. Este mismo momento se repetirá para siempre, inmutable – gritaba Johny completamente feliz mientras bordeábamos la costa.
- Pero no seremos los mismos.
- Sí lo seremos, seremos los mismos que en este preciso momento que acaba de pasar. Este instante que al pronunciarlo acaba como el silencio.
- Pero mañana no seremos los mismos.
- Mañana seremos los mismos que los nosotros del mañana. Esos que han pasado ya por su propio momento que nosotros, los nosotros de ahora quiero decir, llamamos futuro.
- Quiero setas.
- Calla viejo gnomo y sígueme al paraíso del despojo.

Al fin llegamos al barrio, altos edificios grises poblados por ventanas idénticas homenajean Auswitch. Quitó el contacto e infinitas miradas nos revisaron de calcetines a sombreros de copa si los lleváramos. Huelen nuestros pasaportes, saben que no somos de allí. Grupos marginales ociosos por marginarse de puertas adentro, incultura en forma de barras de incienso. La atmósfera está muy baja, una fina cúpula de cristal me oprime la cabeza, tampoco hay nada que perder. Todos los hombres son igual de resistentes a una bala, lo que cambia es la suerte del órgano colindante, tenía un amigo que era experto en recibir puñaladas basándose en esa técnica, realmente lo tenía.

Espero la vuelta de Johny sentado en el sidecar sin prestar atención a nada salvo a la punta de mis zapatillas, pronto se acerca un grupo de niños que debería estar en la escuela a curiosear. Se ven pocos sidecar hoy día, éste había aparecido en un garaje de su abuelo, cubierto de mugre, maderos, un montón de sombreros descuajaringados y multitud de ácaros, hay diamantes en los ríos más oscuros. Respondí a las preguntas de los niños con monosílabos, es inútil explicarle nada a un grupo de niños, tienen el pensamiento más claro y sólo quieren información de lo que realmente les interesa, no se andan con minundeces. En palabras de Walter Scott: "el niño conoce instintivamente a su amigo y a su enemigo", todo el postureo adulto restante sobra en un bocadillo de chocolate.

Johny llega sonriente, no ha estado mal, cero puñaladas y negocio cerrado. Como dije, todos salen ganando. Arrancamos y ponemos rumbo al almuerzo. El viento nos golpea de frente, mi pelo se enreda con mis párpados, menos mal que no conduzco yo. El viento vuelve a la gente loca, no chiflada en el buen sentido de la palabra sino tarada. Sigo pensando que los lugares con viento se pueblan de tarados como si fueran gigantescas estaciones de autobús. Las obras nos hacen tomar un desvío, una ciudad en obras es una ciudad en desarrollo, rezo por no encontrarnos con una manifestación pro-vida en el camino. Detenemos nuestra odisea en otro semáforo eterno. En la plaza suenan las tripas de tres chavales borrachos a base de cerveza casera, se pasaron con el azúcar y cada botellín parece tabletone.

Lejos de allí, bajo un puente del extrarradio un grupo de skins con muchos dedos de frente apalea a un indio por pura animadversión. El Fort William Henry clama venganza indígena. La palabra descubrimiento no existe por mera existencia. Mientras debaten la cuestión en el ayuntamiento se piden ceses por peerse en la sala, los pedigüeños son los mismos que atracan a mano alzada la caja fuerte amparados por el olor. Universidades pivadas implosionan ante tanto vacío cerebral, la sin razón y el dulce nombre de papá pueblan las aulas. Lo sano es correr y no implantarse pechos.

Acaba la espera del semáforo y bajo minutos después del vehículo espacial. Despedidas y falsas promesas de quintos de cerveza esa misma semana. No importa, todo va a salir bien. Están poniendo las luces por toda la ciudad, está entrando el frío justo cuando se calientan mis hormonas, siempre al revés cual Owen Wilson y sus amigos de otro siglo. Luces de ciudad como obra prima, no llores es sólo una película basada en hechos reales.

Entro al bar donde he quedado con Magno, ambos hemos de ir a almorzar con las hermanas Gaisson, pero ya hablaremos de ellas, merecen un capítulo aparte o por lo menos un par de líneas. Se me hace raro estar sólo en un bar, él no ha llegado todavía. Pido una caña en la barra, debería acostumbrarme a frecuentar el mismo bar, que el camarero o camarera si es posible, sepa mi bebida favorita y los clientes respeten mi

taburete de la esquina. Ser como el del kiosco del vértice el que vende calcetines de mesa en mesa, el tipo que canta de bar en bar, el tonto del campo de fútbol o el caganet del belén. Con cerveza la espera se hace más corta, incluso inapreciable. Pego mi oído a la conversación adyacente.

Se quejan porque el gobierno nacionaliza lo privado. “Un hombre no es más que lo que sabe” dijo Francis Bacon desayunando. Algún día comprenderán que sólo somos partículas de mierda. Nos lo quitarán todo, afirma el chavo del ocho. El maestro se ve impotente ante tamaña gilipollez, ante sus ojos, el hijo del duque afirma ser un entendido en política. Es más, se considera un demócrata y recrimina al maestro que sus ideales de justicia no dejen espacio a los injustos. “Todo merece cabida”, afirma. Afirmación acompañada de un leve gesto altivo y cara de retrasado profundo al cual aún no han medicado con su dosis letal de realidad. Hijo, entiendes de dinero pero no de política, la política son ideas, y tú tienes todas las luces fundidas. La incultura es a la política lo que las ortigas al campo. Y así, un sin fin de razones por las cuales mandarlo directo al gulag sin pasar por la casilla de salida.

Pido otra caña y observo los movimientos de la camarera hasta la barra. Las dependientas son las nuevas princesas a rescatar de un castillo, el problema es que los mostradores suelen ser demasiado bajos y puede subir hasta el más tonto del reino. Ven chica enferma, te llevaré donde los osos roban miel y los leones asesinan. El circo de la vida es mucho más divertido sin entrada. Grandes zancos elevan al cielo pequeños soldados de plomo que danzan al ritmo de un acordeón oxidado. Pasen y vean a los enanos conformes con la adjudicación de medidas, al fondo encontrarán mujeres depiladas hasta las cejas, los payasos cortan narices ensangrentando las barbas de todos los niños ancianos, un forzudo hace malabares con los ojos del equilibrista y viejas lloronas vestidas de rosa comen compresas manchadas. El presentador perdió el habla al nacer y hace oídos sordos a las súplicas de los reos que forman en las gradas. Un aplauso militar indica el final de la función, segundos más tarde un asiático con pinta de pocos amigos ordena a su mono ayudante pulsar el botón rojo. Un botón rojo inmenso del tamaño de cinco estadios de fútbol. El mono salta encima, empuja, muerde, chilla pero no consigue apretarlo, es tan difícil que han de llamar al elefante jorobado para que lo intente en vano. Deciden fusilar al mono y éste pide delante del pelotón un último deseo, quiere comerse el plátano más grande jamás probado de la historia. Cientos de investigadores consultan los anales y miles de científicos entre líquidos llamativos de vivos colores, deciden utilizar el método abominable. Para cuando consiguen traer el plátano, el mono está demasiado viejo y no tiene dientes para morder nada. Así que lanzan el plátano en catapulta con tan mala suerte que va a caer sobre el botón rojo. Un barrio de coloridas favelas explota por culpa del botón de cinco estadios. No importa, es deporte, es salud, es dinero.

Doy un buche de mi nueva cerveza y saboreo la noche anterior. La cara de la chica me sonaba, sí, la había visto antes o me había visto antes. El encuentro no fue casual aunque nada de eso dije en mi sarta de mentiras y distracciones. A esta hora ya debe andar el novio buscando abogado que vierta ácido en mi cara, nunca viene mal una preocupación más en este sin vivir del amanecer de un borracho. Los sentimientos mudan pieles en cuestión de segundos, de miradas o roces, sólo hace falta una conexión y ¡pum! De repente todo cambia, de la noche a la mañana la vida de una persona se hace magia. La cuerda con la que pensaba ahorcarse la utilizan sus futuras hijas para jugar a la comba. Una conexión de juntas tan simplemente brutal que retuerce los tornillos cabezales de los hipócritas. Nada es definitivo, ni siquiera la muerte, dijo el primer Nigromante que montó una funeraria.

Magno hace aparición entonces, disgustado seguro de haber hecho algo bien que sin motivo alguno el subnormal de turno ha malinterpretado. No todos los actores saben interpretar.

- Los votantes de derecha o son retrasados o están frustrados, o en su defecto son millonarios sin escrúpulos, lo cual los englobaría en la primera categoría de esta descastada lista. ¿Quién coño se creen que son? Que salten al barro y se partan la cara igual que un obrero se parte la espalda para construir sus monumentos.

Mafiosos y riñones de plástico. Discos de prohibiciones copan las carreteras, no hay caminos libres ni destinos sin marcar. El Vesubio arrasó Babilonia y ahora todos son figuras de cera en el museo de la inexpressión. Magno tenía razón.

Magno siempre tenía razón, y debías dársela o acabaría prendiendo fuego a tu casa, pero en realidad siempre, siempre la tenía. Bueno, quizá se equivocara algunas veces, ¿pero quién no ha matado a nadie por equivocación?

A nuestro lado hay sentada una pareja, ella es demasiado bueno y él demasiado celoso para amarla. Discuten. Algunas veces parece como si hubiera un cupo de amores en la vida de una persona, una vez relleno ese cupo, nadie podrá abrirse hueco. Más allá, se escucha el llanto de un crío. Oír llorar a un niño no es como oír llorar a un hombre, es curioso el matiz a la par que triste, la sociedad no permite lloros. Un concilio de jóvenes mancebos modernícolas conforman una secta, todos con su cigarrillo electrónico personalizado. Dos estudiantes millonarios fuman puros viendo una película romántica no recomendada por la crítica entre prostitutas semidesnudas sentadas alrededor del sofá, eso sí es fumar.

El camarero toca una campanilla y todos los asistentes de la cantina sorben a ritmo galáctico. La vida del humano medio se resume en cuatro botellas y posiblemente estés ya en la tercera, sigue bebiendo no vaya a ser que se acabe y aun no vayas borracho.

Dejamos el pub ajustando cuentas con la fiabilidad del pescador de neutrogena y tiramos callejeando por esquinas malditas en busca de nuestro no merecido almuerzo.

Un hombre en un bar, un hombre meándose encima en el bar, un hombre meándose y cagándose encima en un bar, un hombre meándose, cagándose y vomitando en un bar, un hombre meándose, cagándose, vomitando y sorbiéndose los mocos en un bar, un hombre meándose, cagándose, vomitando, sorbiéndose los mocos y sangrando por todo el cuerpo en un bar, un hombre.

Un campesino andaluz recibe una subvención para poder seguir cultivando su campo pero el resto del país se queja tildándolo de vago. El banco agrícola de china se abastece poco a poco, estamos dejando que engorde un monstruo hecho de grasa.

Piso un escarabajo pelotero antes de tocar el porterillo de las hermanas Gaisson, quizá un grupo defensor de los animales me denuncie y los medios de comunicación fuercen un linchamiento mediático cual preso indultado con la doctrina Parot. Suena el timbre del portero ¿quién pone un pitido tan parecido a la alarma del reloj? El electricista es un hijo de puta con sentido del humor. Espera hasta oír la señal.

HISTORIA EXPLICATIVA SOBRE EL SENTIDO DE LA VIDA:

Había una vez (...) y eso es todo amigos.

Fin.

Opuestas hasta el punto de conjuntar, las hermanas Gaisson hierven de locura los espaguetis en ginebra. Todos aspiramos el vaho que se concentra en la sucia campana de la hornilla. Se habían vuelto unas expertas en la cocina alcohólica, deberían escribir un manual para recuperar abstemios. No debería beber comiendo y menos becomiendo o como se pueda inventar, pero en los días de resaca el cuerpo no nota una copa más o una bolsa de plástico menos.

Nina y Janis nacieron en la misma ciudad, mismo hospital, misma hora y apenas separadas por instantes, lo que supone demasiada casualidad incluso para ser mellizas. No se parecen en nada salvo en su gusto extremo y no tan exquisito por el alcohol, y sin embargo se quieren, se adoran, realmente no pueden vivir la una sin la otra, pero siempre y siempre es siempre, están discutiendo por cualquier absurdidad, lo que por otra parte hace de ellas unos seres infinitamente divertidos. Cuando subimos al piso se escuchaban las voces desde la calle, esta vez la culpa era de Nina. Nina por lo que parecía, no podía asegurar no haber mezclado la ginebra con lejía, y una vez que la pasta estaba hecha, Janis no quería tirarla. La puerta estaba abierta y tanto Magno como yo, lo habíamos oído todo subiendo por las escaleras de la estancia sucia de humanidad. Magno no se lo pensó dos veces y antes de saludar enganchó un cuchillo y se metió un puñado de largos gusanos que Marco Polo había traído por tedio. Esperamos unos instantes mientras escribía testamento pero nada. ¿Qué pasaría si de repente se muere la población entera de un país? Dejaría de ser marca. Avergüénzate de ti mismo por no intentar cambiarlo.

Comimos y brindamos con cristales de nocilla al azar, probando y volviendo a probar vinos de combate. Tenía una conferencia aquella tarde a la que debía ir, en qué estado no lo sabía. La pasta en realidad era basura, teníamos confianza para lanzar el bol a la cara de la hacecomidas pero también el respeto de sólo insultarla, al menos era comida. Top Chef y demás programas gastronómicos copan los picos de audiencia en África.

- Otto por favor, déjame este cuadro a mí.
- Está bien Leopoldo, pero cojo la regla y parto por aquí, este de aquí es mío.
- Y el de al lado nos corresponde a nosotros – responde el enviado francés Pierre de Brazza.
- Tonterías, los negros son todos iguales, partamos todo con escuadra y cartabón y que cada uno elija cortijo. Ya se encargarán los chinos de esclavizar la zona durante el segundo milenio.

Estaba algo achispado después de la comida así que retirando los platos como buen invitado me puse a fabricar café, sólo noto los efectos del café cuando no lo tomo. Admiré mientras caían las gotas manchadas el orden y la pulcritud de la cocina, era impresionante hasta para un cerdo como yo acostumbrado a fregar para comer, algún día

cambiaría pero hasta entonces quería seguir revolcándome en el barro un tiempo. Desterradme a la isla con Edward Prendick y que me transformen en un gorrino de jamones embriagadores, si qué mas da, ya somos todos un puñado de marranos en guerra.

En California una multitud de chavales y tetas montan en bici saltando de piscina en piscina. Todos los habitantes de Alabama llevan helados en los bolsillos, cuando llegan a Texas los regalan a niños con mullet. Cuerpos en forma de ocho lucen pantalones en Delaware. Un ladrón robó todo el queso de Winsconsin y los gulosos no saborean pastel de manzana ese día. El párroco de Phoenix querría denunciar el robo de su tercer dildo morado. Lástima que todos los peces de Ohio estén borrachos, no pueden ver con claridad las bandadas de niños en monopatín invadiendo las comisarias de Miami. Un perro en Arkansas ladra a las ocho de la tarde, es hora de saltar de un avión en marcha que sobrevuela Maine. Nadie duerme en pijama en Minnesota, nadie tiene barco en Hawaii y no hay dios que gobierne Vermont. Iré a Pensilvania y secuestraré a las diecisiete mujeres que viven juntas en la casa rosa para su sesión diaria de sexo oral en Carolina del Sur. Más me valdría no haber hecho la promesa en Luisiana de lucir bigote falso ante el reverendo O'Donnell en Alabama, un hombre muere en la silla por echar sal en las vías del tren que cruza junto a la iglesia. Mientras tanto otro se ahoga bebiendo agua en Arizona. No puede dejar de gritar que sus padres son ricos en Washington, pero miente, su padre es un pianista manco que toca de bar en bar por todo Iowa, y su madre una secretaria que sólo hace felaciones a su jefe en el despacho de la calle Lombard. Un grupo de hombres con capuchas blancas obliga al viejo Tim a darse un baño en el estado de Kentucky. Me enterraran en Massachusetts y los asistentes vomitaran sandwiches en mi velatorio, pero eso será dentro de mucho tiempo, aun tengo pendiente la partida de dominó del domingo en Alabama. Jugamos cuando todos aspiran sus casas en Colorado a la vez que sesenta y nueve viudas saltan en paracaídas sobre Frisco.

Cuando salgo con las tazas y el azúcar (nunca te fíes de alguien que toma sacarina, son características comunes del psicópata moderno, así como beber Nesquik; mezclar licores con bebidas tipo Zero; un gusto excesivo por la pirotecnia, excluyendo eso sí los fuegos artificiales de recreo; o adore la pana) ya se ha votado y decidido en la pequeña dictadura a tiempo partido que es el piso, la creación de un fuerte de sábanas. Colocamos sábanas, mantas, telas, cubresofá, toda lámina capaz de quedar sujeta a pinzas de la ropa y cordones de zapato. Pronto envolvemos el salón en espirales de celofán y cubrimos el frío y descastado mármol con cojines, almohadas y colchones mancillados. Es nuestra gran creación del día, una obra de arte finita que acabara como cigarro en ceniza, satisfacción productiva y final de la adicción. Colocamos puntos clave: tres esquinas con velas, una balda libre donde colocar el cenicero y un par de sillas que sujetarán las copas. El fuerte de sábanas de las hermanas Gaisson será conocido en todo el lugar.

Disfrutamos de nuestra edificación tumbados a lo soñadores, haciendo aros de alquitrán, envenenándonos de antiséptico y olisqueando un frasco de éter. Paz, dulce, dulce olor a paz. No había nada alrededor que pudiera tocarme, conforme sentía el líquido oloroso desgranarme las fosas nasales mi cuerpo ascendía, levitaba. Las cuerdas que me amarraban no podían atarme, el infinito me esperaba haciendo eco de la radio sonora que me ayudaba a despegar. No existían cadenas que me ataran a la tierra, solo volar, volar y romperme la crisma contra la estrellas para caer de nuevo dentro de mi sosegado cuerpo y quedar tan relajado que la vertiginosa montaña rusa de sensaciones se había convertido en una bañera de hidromasaje con extra de hidro y dos raciones más de masaje. Magno y las hermanas sonreían a mi lado como si vieran a su propio hijo abrir el mejor regalo de reyes que pudiera regalarse a un niño. Compramos dos tickets más para el Space

Montain y nos quedamos tumbados durante perfumados eternos minutos.

Una vez me hube repuesto, recordé mis compromisos cuasi oficiales. Magno, Nina y Janis no tenían nada que hacer en toda la tarde, noche, mañana y tarde del día siguiente, así que decidieron ir a por un bolsón de orégano a casa de Rútiger. ¿Sabes esa parada de autobús en la que siempre está la misma persona sentada? Pues eso simboliza la casa de Rútiger, es como una parada de metro, la gente se acerca a echar el rato, juegan a la play, fuman tranquilamente y se despejan de cualquier problema exterior. Es como un club de fumadores situado en la luna, el puto club de fumadores espacial.

La idea de acompañarlos era muy tentadora, tanto que por efectos secundarios de la materia inhalada se me apareció el maligno:

- ¿No piensas unirte al clan y correr por el Louvre batiendo récords hasta encontrar el caballo ganador que te aleje del hipódromo? - me dijo el muy truhán, el muy señor diablo.

Abandoné en la esquina al grupo y me dí dos guantazos bien dados para dejarme de pamplinas. Miro el reloj, mucho más tarde que ayer, nananana, sigo yendo tarde. Me veo engancho a todos los perros callejeros a un palé de madera y forzando la maquinaria para llegar a toda prisa. Decido volver a usar el bus, cuadro la parada y pienso en los ojos marrones perdidos en el amanecer. Han abierto otra tienda de cupcakes en el barrio, se extienden como las bolsas de plástico en el océano.

Una pitonisa de calle ve en su bola la construcción de grandes centros reeducativos donde antes había catedrales. Hordas de fieles adoran al Banco Santander, escuadrones de creyentes se tatúan el logo de General Electric, congregaciones parroquiales sólo comen Manzanitas, conjuntos de feligreses lamen las suelas de los zapatos a los dirigentes de ICBC. Los países ya no existen. Olvídense patriotas, su propio patriotismo los cegó ante la llegada del capital privado. Ahora hay médicos trabajando para McDonalds y los maestros educan a las nuevas generaciones en colegios Wal-Mart. Gobiernos incompetentes abrieron las puertas agasajando a ladrones y mentirosos, camaradas de profesión con los mismos gobernantes. Un cambio de ley por aquí, otro retoque constitucional por allá, et voilà! La constitución transformada en una tira cómica censurada. El pez del capitalismo se muerde la cola y comienza a engullir, no pasaría nada si no fuera porque todos estamos dentro cual Jonás en su ballena. Síndrome de Estocolmo.

Paso la tarjeta por el casillero escuchando el ladrón pitido. El Papa no conduce hoy el motocarro de la cristiandad, numerosas sectas sacrifican animales y son tachadas de macabras. El buseto está vacío de almas, hacia la mitad, en el asiento que hay justo delante de la puerta trasera hay sentada una chica. Me disfrazo de Jack y emprendo el camino hasta su lado, ella me mira con displicencia, pero no tiene los ojos marrones que busco. No importa, la vergüenza sólo es un síntoma de esclavitud.

- Tengo novio – desprecia.
- Yo no soy celoso.
- Él sí.
- ¿Me podría partir la cara?
- Fácilmente.
- No sabes de lo que soy capaz.
- Es cinturón negro.

- ¿Lo que significa?
- Que te podría partir la cara.
- Soy un genio, no creo que me tocara.
- Ya lo creo que sí.
- ¿Y si le pegara un tiro antes?
- No tienes pistola.
- Eso no lo sabes.
- Si la tienes, enséñamela.
- ¿La pistola? La tengo en casa.
- Entonces vamos a tu casa.
- ¿Y tu novio?
- Es celoso pero aún no me sigue cuando salgo.
- Hacemos una cosa, ahora tengo asuntos que atender, dame tu número y concretamos.
- ¿Me deshechas?
- ¿No me hace eso irresistible?
- Irresistiblemente gilipollas.
- Me lo dicen a menudo, bueno te aviso y te pasas. Ponemos unos capítulos de dibujitos, bebemos unas fantás y ya si eso, pasamos a mayores.
- Estás loco.
- Lo suficiente como para pegarle un tiro a tu novio si aparece por allí.

Nos bajamos en paradas distintas, no creía que la fuera a llamar, quizá alguna noche calamocano y desguarnecido de apego. Un hombre se siente absurdo cuando descubre que todos los que lo rodean lo han estado engañando, su exnovia follaba con su mejor amigo mientras él se masturbaba en la habitación contigua. Irracional y soberano. Carta blanca para Truman.

Pasé por la puerta que todos hemos de cruzar, un grupo de niños había pintado minúsculas porterías en la pared del cementerio y jugaban partidos de tres contra tres más o menos según los jugadores disponibles. Al menos no estaban tapando acequias y destrozando campos ajenos a breves medrados. La paciencia es la gran virtud a conseguir. Un chico presta un libro a una chica mientras sonrío bobo, ese libro es como el moreno. Un chiquillo descolocado aparca el coche de papá en las vías del tren y se aleja pisando tomates fruto de los hongos en su tentempié. Los jóvenes comienzan a hacerse fotos de día tras aceptar la petición de amistad de sus propios padres.

Refresca en el ambiente, el viento trae olor a crematorio y medito sobre la vida es bella. La gente anda con prisa, no tengo tiempo de mirarlos casi, son rayos fugaces de personas, imágenes en movimiento mal capturadas por mi cámara. Me abrocho el último botón del chaquetón y carraspeo. Al norte del mundo, donde se congela la cerveza en el alféizar, un estudiante avanza temeroso sobre los charcos de hielo hacia su facultad, pulgada a pulgada, siente los treinta grados bajo cero en cada vértebra, la experiencia hace de la lección un premio heroico.

Oigo un piano a lo lejos, escucho una melodía que se apaga. Entonces imagino un viejo bar de esos de los que sé que no quedan, que murieron cuando se apagó el sonido de las Olivetti, cuando el pan aún no se congelaba. El diseño acabó con la magia. Si quieres una mesa vieja la compras nueva con un plus encarecido por su aspecto de segunda mano, y así con todo. Imagino entonces lo que ocurre en el viejo bar donde trabajadores apuran sus copichuelas al salir del trabajo entre risas y lamentos, es temprano por lo que los

lamentos aún tardan en llegar. Un pianista de sonrisa triste toca lento, muy lento, lentísimo su viejo piano. Golpea las teclas buscando consuelo en los restos de vaho de los cristales. Fuera llueve lluvia ácida que alegra a aquel que toca, pero él es impermeable, todo su tejido lo hace ajeno al sentimiento, al roce de cualquier sensación. No piensa en lo que toca, sólo pulsa el marfil y crea cadencias amargas, rotas. Cualquier observador aleatorio diría que es mal de amores, muerte cercana o enfermedad. En realidad el origen de su preocupación radica en la monotonía de su trabajo como pianista, por eso toca.

Ensalivo la acera, no debería de haber matado doce de esos pequeños soldaditos de la muerte antes de dormir la mona. Sigo sin tener los recuerdos claros, he de llamarla.

Al pasar por el arco de ladrillo que abre la boca del jardín delantero, me cruzo con una alumna a la que he visto antes, la he mirado y ella me ha visto mirándola, que no es lo mismo que mirarme. Pero eso no importa, es demasiado guapa para que importe y ella lo sabe, sabe que es guapa porque está acostumbrada a escucharlo. Todos la miran al pasar, ella comprueba su imagen en un escaparate y lo asume. Podría poner de rodillas a todos esos esclavos del sexo sin razón con un movimiento de nariz, cual bruja buena aplastaría los testículos del baboso de turno mientras sonríe con sus tacones nuevos de suela roja. Intento diferenciar mi apariencia de buitre ignorándola por completo cuando nos cruzamos, ella hace lo mismo pero el chasco es mío. No es de esas, no. Podrían pasar trescientos sesenta y cinco Lamborginis arrojando sacas de morados y no inmutarse. Valdría la pena morir por tal vino si la vida no me diera vinos de a euro suficientes para continuar borracho. Las resacas son más tristes cuando el vino está picado.

Lleno de valentía no utilizada en pos a un futuro más tranquilo que ahuyente el miedo del presente, cruzo el porche del edificio dándole vueltas incongruentes al episodio piloto de una serie de catastróficos encuentros que no llevan a nada. La nada, somos tan tontos que nos ponemos los mayores impedimentos jamás pensados. Cuando alguien quiere hacer algo automáticamente la tonta humanidad pone en marcha sus mecanismos de tontuna y crea impedimentos o resucita impedimentos antes superados con mayor tamaño en idiotez. Y nosotros mismos somos tan memos que caemos presos de un estado vegetal que nos impide movernos o pensar con claridad, entonces lo vemos todo negro y decidimos echar la puerta con pestillo para volver a la cama y taparnos con la sábana de pies a cabeza mientras repetimos en nuestra cabeza una y otra vez "Mañana será otro día". Y claro que será otro día, si no lo fuera no habría premios al necio del día o al gilipollas del mes. El ser humano es el único animal viviente capaz de perder su presente en pos de un futuro maniatado o gracias a un pasado atosigante. No hay más mañanas, ningún más tarde, la estupidez humana ha de acabar algún día y ese día es hoy. Hoy es hoy, y vamos a coger el presente cabrón por los cuernos.

Escupiendo el valor por los poros y arrancándome los pelos de la vergüenza, vuelvo sobre mis pasos para no vislumbrar ente femenino alguno que destaque en el horizonte de edificios y plazas de aparcamiento. El conserje ha visto todo el capítulo desde su asiento en tribuna. Sonríe y pego una carcajada, él también ríe, ambos nos reímos de la misma persona.

No necesito preguntar para conocer la sala de la conferencia, misteriosamente la recuerdo. A mi elefante le pegaron un tiro en la sien y ahora sólo recuerda lo que menos importa. Los pasillos del edificio son antiguos. Al igual que él mismo, han vivido aventuras de generación en generación. Cuando fue un convento, los baños presenciaron a un grupo de jóvenes monjas fumando el tabaco que habían robado de la sacristía sin que las

viera el obispo, un cura acarició con su puro las mejillas de varios infantes, una desheredada abortó en un bidé y el fascismo se olía en cada tirada. Más tarde, el inmueble se transformó en un hostel para yonquis de todas las edades. No había recepción ni desayuno, cada uno se buscaba la mejor habitación que pudieran costearle sus puños o enfermedades. Entonces alguien tuvo la original idea de reformarlo y hacer de aquel cementerio viviente un centro cultural, al fin el gusano había salido de su capullo en forma de mariposa. Ni que decir tiene, todas las almas en pena fueron expulsadas un poco más allá de la vida con sus cucharas, jeringas y demás enseres.

Sigo caminando atolondrado, revisando nidos de golondrinas sin quererlo. Estaba empezando a prestar menos atención en las cosas, en todo en general. Andaba la mayoría de las veces sin reparar en nada ni nadie, el foco de mi atención es irritable. Creo que mi alma devoradora de memeces sólo fija su objetivo en barbaridades absurdas que achispen el ser propio. Un viejo sombrerero vende un Fedora a Pete Doherty, no lo conoce y no importa, nadie conoce a nadie en las viejas calles por donde el tranvía roza las sábanas tendidas mientras roban humedad en el frío de la noche. El rey vestido de Elvis vive de las propinas que lanzan ostentosas bolas de sebo en el escenario de Eurovegas.

Asomando mi hocico de perro maloliente confirmo el comienzo de la exposición, abro sigilosamente cual asesino sanguinario. Todos los asientos están llenos salvo uno en primera fila, y otro en la última esquina del último fondo. Leve saludo de cabeza y maratón hasta el rincón, sobre el asiento un panfleto, breve resumen del discurso.

Cómo hacerte rico

Excelentísimo tú:

Compra unos focos potentes, desaloja el armario y planta unas cuantas semillas en grandes macetas a ser posible de cerámica. Con suerte pronto no tendrás que preocuparte de pagar alquiler, facturas de luz, agua, gas, ropa nueva para ir a la moda, comida basura que te haga sentir bien, bebida con la que calmar el ansia de barra, arreglos, mobiliario, factura de teléfono, internet y todo el porno infinito, libros de texto, inútil pintura, pilas, pilas bautismales, maletas con las que perder el tiempo en su relleno, cargadores, cristales no anfetamínicos, manutención del ser, gasolina, seguros, dentista, taxis, almuerzos con tu suegra, cenas con la futura nuera de tu madre y con el hijo de tu padre que no es tu hermano, Manolo, papel higiénico, gafas a la moda, vacunas para tu perro/gato/conejo/rata de laboratorio/chimpancé, tratamiento capilar, gimnasio, entradas para antros diversos, productos de limpieza para decorar, tapones, bolsas de a céntimo, materiales varios y por supuesto, esas jodidas drogas que hacen que todo vaya bien. Bueno, en realidad esas sustancias asquerosamente adictivas y placenteras siempre te pasarán su factura particular en ninguna fecha fija, por lo que no es bueno tirar la billetera al río. Pero por todo lo demás no habrás de preocuparte jamás. Eso sí, duerme siempre con un ojo abierto porque te estaré vigilando escondido cual mosquito cojonero en el rincón más remoto de tu sucio habitáculo jodido hijo de puta.

PD: Revienta en tu ser, siempre.

PD2: Golpear fuerte al primer tipo con el que te cruces te hará el día más entretenido.

PD3: Bongo, bongo, bongo, I don't wanna leave the Congo. Oh no no no no no!

Tras leerlo, estudio las ranas que ocupan sus localidades. Rostros absortos en contener al duendecillo interior, en sus cabezas bailan, agitan el sudor que cubre su piel muerta, rompen el silencio a patadones, muerden cabelleras ajenas, escupen ira y aspiran sueños inalcanzables. Son reencarnaciones del pasado, son revolucionarios franceses haciendo justicia a base de guillotina, son aztecas resistiendo la invasión extranjera, soviets imponiendo la verdad, esclavos negros cortando cadenas.

Recuerdo una tarde lejana, una cuadra de patos y lago de caballos, pardiez. Comenzamos a bailar alrededor de una máquina de bolas cuya melodía se repetía infinitamente cada cinco segundos, la cerveza salía a espuertas de las latas en cada salto. Luego un guardia llegó y nos apagó la radio, vaya puta mierda. Discutimos pero fue en vano así que le escupí en la cara y nos marchamos antes que pudiera pensar en dejar el trabajo. La tarde era nuestra por completo. Fue de los pocos días libres de carga emocional, pero era tan joven que ahora sería viejo e iba tan borracho que ahora estaría sobrio.

Techos altos y puros baratos es todo lo que necesitaría para ver el atardecer mientras el mundo arde. Inundaría la habitación de humo hasta que éste me elevara más allá de la luz, lástima que sólo los puros puedan viajar en nube. Un día cogería a todos los yonquis del centro y formaría un equipo de curling para conquistar el campeonato interparroquial. Que se pudran los críticos de la moral, yo quiero ser retrasado en ética. Antes la vida era más un patio de recreo y ahora el colegio se ha transformado en un correccional.

- ¿Vas a comerte esa clase de manzana todos los días?
- Me gusta, pero no me llena. ¿Es posible comer algo con lo que llenarme?
- Ahora que lo preguntas me temo que no.

Una pareja de tórtolos descamisados presta oídos a la puesta del sol. Juntos y solitarios surcan la bruma que cubre el océano a sus pies lejanos. Él está cansado de dormitar en los rincones, ella acaba de descubrir las esquinas. Las mujeres maduras no sonrían, son las jóvenes las que no tienen arrugas.

Todos los jefes del mundo se reúnen en una nave industrial para resolver una cuestión. ¿Por qué no ser más ricos? La ambición les va como anillo al dedo. La sombra de los jinetes negros oscurece todos los barrios obreros, no hubo ningún Moisés que no tuviera el apoyo de su propio pueblo. Congelarán salarios, dividirán los sueldos, recortarán pagas. Todo al amparo de la ley, todo en contra de la humanidad. Los esclavos que un día fueron libres sólo estaban descansando mientras ingenieros nacionalizados alemanes reparaban la gran máquina. Todos, uno a uno van pasando por ella y salen convertidos en robots. Seis horas de sueño, catorce trabajando, cuatro finiquitando el trabajo acumulado. Nadie se queja, no hay tiempo para ello. Nadie se divierte, no hay tiempo para ello. Nadie vive, ya habrá tiempo para ello.

La charla de conferencia prosigue su curso sin que preste la más mínima atención a las palabras del profesor. Sigo imaginando, maquinando nuevas formas de entretenimiento con las que llenar las horas muertas.

Poblaciones que se pirran por entrar en la Unión echan abajo estatuas de héroes hoy considerados dictadores, nunca el poder en la sombra tuvo tanto poder ni tanta opacidad rodeándolo. He aprendido a desconfiar de los medios lo suficiente como para cuestionarlo

todo, es un largo camino forzado por la desconfianza reafirmada. En largas noches oscuras antes de tiempo, te verás forzado a darle la vuelta al cerebro en tu cazuela de opiniones y directes, no es fácil luchar contra uno mismo, ponerse a prueba, dispararse en la sien para olvidar. Pero es indispensable, completamente obligatorio si quieres salir de la carpa circense donde habitas, ahí fuera hay un mundo que descubrir y muchos mentirosos que colgar. Mentirosos que se agarran a la vida arrancando los clavos de nuestros armarios para dejarnos desnudos ante la verdad. Problemas cotidianos nublan la mente, todo es inventado, todo es basura a punto de quemarse, recogida de prendas y bolas de arroz en la nieve eterna. La tecnología no os hará libres mientras no os quitéis el yugo robótico y matéis al capataz. Láser estampado con virutas a fuego sobre vuestros corazones os recordará que seguís vivos.

Las personas necesitan de ídolos a los que adorar, el problema es cuando ese guía sólo sirve para dar patadas a un balón. ¿No cree usted?

La pregunta del profesor me saca de mi ensimismamiento. Qué palabra tan curiosa, ensimismamiento, ensimismamiento, ensismamiento, mismamientoensi. Estoy completamente colocado pero no os dais cuenta. No, nadie sabe lo que se esconde detrás de unos ojos rojos salvo el personaje que ve a través. El profesor para sorpresa mía, me pregunta mi opinión acerca de todo lo que él ha estado explicando durante los últimos veinte minutos, dieciocho y medio para ser exactos. Ocho y medio diría Fellini aunque no venga a cuento, échale un ojo en vez de ver la película dominguera de Antena3, puto yonqui de sofá.

Me pongo nervioso, no sé porqué pero me pongo nervioso en situaciones totalmente cotidianas. Creo que podría afrontar un tiroteo sin que me temblara el chaleco en una emboscada prohibicionista. También creo que me tumbarían dos copas de los años veinte, otros creen en dios y muchos hacen camisetas.

“Es una cuestión bastante, cómo diría, trambólica, funcionalmente variable a la vez que difícil de exponer”. La cara del profesor es de perro viejo, ya me estaba viendo en septiembre cosiendo rodilleras después del aprobado. Debería irme destinado, enrolarme en la legión extranjera y jugarme la vida hasta que me la mereciera en países dónde es más fácil encontrar a Wally que a un santo, y todo por una pregunta en clase de todas las preguntas que pueden ir dirigidas directamente a una cara despistada. No sé qué decir. Quizá en las montañas encontraría mi sitio, viviría en la cabaña donde Pedro se trajinó a Heidi; tendría un perro que se creería más listo que yo (y a pesar de mi idiotez, eso ya es decir mucho de un perro); apilaría leña para pasar el invierno, pero un invierno volvería a despistarme y quemaría mi propia cabaña de madera, así que moriría de frío; un rebaño de cabras me mantendría vivo sin que ninguna de ellas lo supiera; nunca me afeitaría salvo los domingos, pero como no tendría calendario todos los días serían mmm martes por ejemplo; y los niños del pueblo más cercano me llamarían “el follacabras”, o con mucha suerte, “el loco de la colina”. Morir de frío, ya había estado a punto de hacerlo otras veces. Un lago helado, una mañana de resaca en la nieve, una noche en el mediterráneo, quince días en un congelador...

La sonrisa del profesor diluyó todos los cuentos y me hizo volver a mi rutinaria vida de eterno estudiante. No pasaba nada, guardaría el fusil para otra ocasión y utilizaría la madera para grabar sketches de los hermanos Marx. Adoro la comedia idiota ¿no es la vida si se mira bien una comedia completamente absurda? Seguro que algún pesimista no lo comprende. Si es usted uno, estese atento: coja un huevo duro o cueza un huevo cualquiera. Tenga reparo de coger una olla bien grande en caso de que el huevo sea de

avestruz, una vez conocí a un tipo que tenía tres avestruces como mascotas. Dos murieron despeñadas por un barranco: la primera en un intento de vuelo, la segunda, que andaba despistada cuando la primera se largó, por envidia. Bien, prosigamos con la receta. Si es de avestruz, olla grande. Claro que si es de avestruz pero ya está cocido no hace falta que lo cueza, en ese caso sólo échele un poco de pimentón al cascarón. Una vez tenga su huevo cocido en la mano, abra la ventana o cristalera. Si vive en una casa sin ventanas eche la pared abajo. Tonterías, si usted vive en una casa sin ventanas no creo que esté leyendo mi libro, es más dudo que sepa leer. Pero sigamos con el asunto, coja el huevo y una vez abierta la ventana apunte bien y láncelo contra el primer coche que pase. Con total seguridad, si usted acierta en el blanco, el dueño o dueña del coche se bajará e intentará matarlo. A usted, no al coche. ¿Quién mataría a un coche? Ve usted demasiados transformers, John Wayne. Una vez haya sido apalizado por el dueño o dueña del coche comprenderá que la vida es una comedia absurda. Aunque pensándolo bien, no sé por qué debía ser una comedia absurda. En realidad lo que es absurdo es todo esto que ha leído. Lo que ha hecho que durante unos segundos o minutos, dependiendo si usted tiene ventana o no en su habitación, su vida haya sido una comedia absurda. El espectador en este caso era yo, me he reído de usted en su propia cara.

Me he reído de usted igual que el profesor se estaba riendo de mí. Toda la clase me miraba sabiendo que no había estado atento, algunos se sorprendían en su interior porque mi postura corporal así como mis movimientos faciales correspondían a un alumno prestando atención. Lo de los avestruces era verdad. La risa duró unos segundos, después el profesor pasó a otro tema y yo respiré tranquilidad. Qué bello es vivir sin dar palo al agua. Me pasaron el parte de firmas, firmé sorprendido de mi nombre. De resaca hay muchas cosas comunes que actúan como talibanes explosivos. Los científicos deberían estudiar ratones resacosos, en realidad seguro que ya lo hacían. Cogían el alcohol requisado a los jóvenes por la policía y lo introducían en blancos ratones de laboratorio. Esos pequeños Pinkys y cerebros dando vueltas sin estar en la rueda. Copulando unos con otros, pues no tienen otra cosa que hacer, y siendo estudiados al día siguiente para volver a ser alcoholizados al anocheecer. Esos putos jodidos roedores con suerte.

Investigué un poco la lista de nombres y dí con el top one de la clase. Me abstendré de nombrarla pues no querría agrandar ningún ego en caso de que esta sarta de barbaridades llegue a ser leída. Más tarde, usaría ese nombre para buscarla como una gallina. La red pone a todo el mundo en el mercado, nosotros mismos vemos a la otra persona en su escaparate a través del cristal donde estamos expuestos. Los héroes han sido desplazados por villanos de villa, burgueses acomodados que enfrentan la realidad escudados tras una pantalla. Dicen que el futuro de la comunicación está en las experiencias, es como decir que el futuro de las nubes está en el agua. Ya no me caían tan bien los científicos de la ratonera. Miré a mi alrededor, portátiles y proyectores, y pantallas, pantallas, pantallas, pantallas, pantallas y más pantallas. ¿Dónde coño están los garabatos, obras artísticas del aburrimiento? Millones de carteros no volverán a llamar dos veces, ni siquiera una. El correo electrónico que los sustituyó se perderá ¿y luego qué? Hay quien dice que también desaparecerán las redes sociales. Pero no desaparecerán, evolucionarán como lo ha hecho la droga. Permutarán y seguirán arrastrando ese cortejo fúnebre que tanto necesitan para seguir vivas. Zombies con corazones oxidados. Muertos en vida que aparentan estar vivos para alejarse de la propia experiencia.

Cae mi bolígrafo a cámara lenta. El alcohol estaba haciendo estragos entre mis neuronas. Ya era torpe de por sí, pero notaba que había algo más. No era normal tirar un cincuenta

por ciento de los objetos que tocaba antes de cogerlos. Al agacharme para recogerlo reparo en las piernas de la chica que hay a mi lado ¿cómo no me había fijado antes? Las paredes caen como decorado de cartón y un millón de operarios montan un escenario en apenas cinco segundos, Adanowsky desciende en globo y comienza a lamer las rodillas de mi compañera. Crees que estás jugando, pero no estás jugando completamente, en el fondo de tu propio juego hay una mujer adulta que busca a gritos un cuerpo que acariciar, le susurra al oído mientras yo, atónito, me mancho de babas la camiseta.

He pasado tanto tiempo mirándola que ahora no puedo mirarla a la cara, vuelvo a mis apuntes garabateados. El ochenta y ocho por ciento de los estudiantes becados compran Mini's con sus ahorros, mientras tanto los niños desperdician su virilidad en prostíbulos de carretera. Sífilis y gonorrea inundan sus venas, los glóbulos amarillos son demasiado numerosos. Un día el gobierno otorgó favores a los trabajadores asiáticos en detrimento de los europeos. Podría haber establecido una regla general para ambos grupos, pero el capital rasgado pesó más sobre la mesa y ya no hay marcha atrás. Se van colando en la prensa noticias relacionadas con Asia poco a poco, son morbosas y en la industria todo vale. Tipos asiáticos vestidos de traje manejan carros onerosos por el bulevar. La semilla del odio se implanta en los pulmones locales. Un chino asesina a un adolescente que hacía el tonto en su tienda, tres puñaladas callejeras por una R mal pronunciada. Los días posteriores aparecen más y más noticias orientales: un grupo de chavales incendia la primera tienda. El odio crece primero en los corazones de los descerebrados. Una familia coreana aparece colgada en una nave industrial. Los descerebrados se han hecho con el poder. El odio inunda las mentes de los mediocres. Los que actúan de judíos en la función se rebelan y plantan cara. Una bomba explota en el restaurante Xi An matando a tres camareros y una muchacha que había entrado a preguntar la hora. El odio sale por la boca de los padres de familia. Un acta del nuevo gobierno culpa de la crisis económica a los asiáticos: kazajos, mongoles, uzbekos, coreanos, filipinos, vietnamitas, chinos, malayos, birmanos, japoneses... todos comienzan a pagar más y más tasas. Su presencia en restaurantes no asiáticos se ve reducida a la nada. Los malayos huyen a Marbella y no se vuelve a saber de ellos. El resto se ahoga ante tanta presión. Se rompen acuerdos y comienzan los registros. Un nuevo holocausto desciende de las montañas, el odio se ha vuelto norma y todos siguen su doctrina.

Acaba la conferencia y tengo la extraña sensación de abandonar una pequeña parte de mi vida, una milésima de alma queda atrapada tras la puerta cuando se apaga la luz. He escupido mi ingenio, reventado lápidas a balonazos, profanado saunas y ascensores, discutido mil y una vez, he quemado mi piel sólo para olerla, afeitado cabelleras, creado licores infinitamente voraces, llegado más allá, he sido un héroe y un villano, cosido chaquetas absurdas, sujetado borrachos y conquistado bares, he bailado en grandes lagos congelados, tenido trescientas caras, superado doscientos juicios, he tenido más suerte de la que podría imaginar o acaso merecer, perdido sangre y ganado amigos, he rozado la muerte durmiendo en parques, la vida despertando en camas, buscando techo en un portal, he robado lo intocable y devuelto lo normal, he perseguido forajidos sin buscar la recompensa, secuestrado rehenes sin nombre y asustado niños de más, he hecho lo correcto cuando no era necesario, dado conciertos rodeado de alquitrán, saltado cazando estrellas, inundado el mar, he visto algo bueno en el mal, pescado con manos y comido sólo pan, he construido edificios, dinamitado miniaturas, me he mojado por mojar, he hecho de un antro un palacio, sonreír en un funeral, me he caído, rajado el pellejo, cicatrizado ruinas, he montado en elefante, volado sobre las nubes, navegado y vomitar, he oído discursos que harían llorar, olvidado los recuerdos, apostado plátanos al blackjack, he probado bocados deleznable, seres asquerosos y copas sin lavar, peleado en batallas ficticias y fusilado realidad. Pero después de todo, más allá de todo lo que

parece un triunfo, sé que no hay nada, y eso viejo conductor, es una gran putada.

Al salir del edificio encuentro a un antiguo amigo, ahora se dedica a seguir personas así que para evitar ser despedido evitamos el saludo. Trabajar en pijama te hace parecer un vago. Jóvenes articulados saltan papeleras con sus bicicletas de fondo. Topo con Charles y Meyer cuando llevo siete minutos de camino, unos amigos italianos de intercambio, nos hicimos amigos a base de vernos en los bares. Ambos llevan bigote a pesar de no ser Noviembre, no son de esos tipos anti-tradiciones buscando cualquier excusa para formar parte de un movimiento que les llene el tarro. Van de safari al palacio del gerente de medicinas. Me uno a su expedición a casa del señor Babinski, no es que se llame así, su verdadero nombre es Julio Alberto Rodríguez Merchán, pero un buen día se hizo poeta, filósofo y libertino. Así que decidió cambiarse el nombre, no se llega al vacío llamándose Julio Alberto. Teníamos la sospecha de que había decidido aislarse de la sociedad durante un tiempo, justo cuando su cosecha de peyote había alcanzado el punto de cocción inviolable. Los rumores se encargaban de distribuirlos los yonquis a los que había dejado sin recetas falsas. Por recomendación médica, decidimos pasar antes por La Peluquería para prepararnos ante la avalancha de materia que pudiéramos encontrar en el ático de Babinski.

“La Peluquería”, historia básica:

Un refugiado pidiendo asilo político llegó a la ciudad hace casi cien años. Su nombre era John Gary Hassall Powell, era de origen desconocido y no tenía parientes vivos a su llegada en un mercantil a vapor. Era un tipo listo, rápidamente se instaló en los suburbios y se hizo con todas las ratas de alcantarilla montando un puesto de comida rápida donde la encargada colocada a dedo, vendía heroína a deshoras.

Se casó con una vedette y tuvo una hija que murió de tuberculosis una mañana helada de diciembre, este hecho lo acompañaría en su posterior conversión al Islam, religión en la que duró lo que tardó en pedirse una copa. Pasó gran parte de su vida en la cárcel, al principio por hurtos y allanamientos leves, medio cuerpo por una ventana, lo justo para robar estanterías. Después, por asestar cincuenta y seis puñaladas a su esposa, una por cada uno de los hombres que pasando por su cama se bebieron su propio whisky. En el juicio no hacía más que repetir “nadie se bebe mi whisky, zorra”. Le cayó la perpetua, pero como las condenas de por vida eliminan el miedo a la fuga, se largó en cuanto pudo gracias a la ayuda de su compadre en pena. Su compañero de celda era un tal Billy Burton, experto en química y robo de gallinas, con su ayuda fabricó un suero a lo Romeo y Julieta y se hizo el muerto durante dos días. Concluido el funeral, una de sus queridas se encargó de romper la lápida y abrir el ataúd, lo primero que hizo al salir fue pedir un whisky. Como no había bar en el cementerio se fue con varias de sus chicas a las que hacía el amor noche sí, noche también, a buscar el garito más cercano, no existía el porno por lo que la eyaculación precoz o el levantamiento tardío aún no habían hecho su aparición social.

Resulta que cuando se bebió el whisky no quiso pagarlo, pues se quejaba de su sabor a matarratas. Razón no le faltaba ya que cayó fulminado a los cinco minutos de su ingestión. Las autoridades, competentes por aquella época, clausuraron el local y metieron al dueño en chirona, dando la casualidad que esa misma semana se había producido el mayor robo de gallinas de la ciudad. Así que ahí estaban como nuevos compañeros de celda, el tabernero Ranley y el joven Billy Burton.

Billy Burton tenía una terrible obsesión, que curaría más tarde en un confesionario, por los huevos de gallina, y gracias a ello encontró el huevo de oro. Durante el tiempo que pasaron entre rejas, Ranley enseñó al joven Billy su conocimientos de cantina, Billy los aplicó a sus conocimientos de química y decidió que montaría un bar en cuanto

abandonara la trena, mientras tanto se dedicó a estudiar filosofía. Al salir, Billy Burton ya era un hombre, abandonó el allanamiento avícola y se puso manos a la obra. Para montar un bar, primero debía echar un vistazo a los ejemplos.

Durante un año, Billy Burton fue el borracho local, asistía a concursos, cerraba todas las tascas y aparecía por cualquier leonera. Concluido el periodo de formación, era hora de que Billy Burton dejara de mendigar copas y fuera él el quien acogiera mendigos.

Las peluquerías habían hecho aparición en las calles de moda, la gente entraba y salía transformada en otra persona, eso lo inspiró. Billy sólo quería en su bar a los verdaderos borrachos, dipsómanos que discutieran por todo, ebrios lanzadores de objetos, luchadores de barril. Así que montó un bar subterráneo debajo de una peluquería de señoras sólo apto para auténticos beodos. Los tipos con clase entraban a la peluquería, dejaban sus chaquetas en el perchero, cruzaban el largo pasillo lleno de espejos, peines y rulos, y bajaban por una trampilla a la parcela de Baco en el Olimpo. Una barra llena de copas separaba a Billy de los visitantes, en el centro del bar había un ring de boxeo donde ebrios combatientes vomitaban sus asperezas, el blues hacía su tímida aparición a través de una gramola, no había ninguna mesa ni silla igual que otra, extraños cuadros y carteles poblaban la pared, la decoración era trambólica, el olor se metía en el cerebro, era un todo fabulosamente fabuloso. (BOMBAY, L. The drunk's corner. Translated G.G. Miguel; edited by Urbano. Málaga. 1ª ed. Istán: Al Turrón Press, 1990.)

Y allí estábamos, “La Peluquería” había cambiado, todo y todos habían cambiado, pero las borracheras seguían siendo iguales. Sudorosos obreros, tipos trajeados con sus maletines, amas de casa aburridas, parados apurando el subsidio, estudiantes de hígado nuevo, todos sacaban de vez en cuando su bestia a pasear. Algunas veces la bestia no quiere salir y tienen que azuzarla, otras veces la bestia ansía mostrar su poderío. Es difícil domarla, pero no es bueno dejarla encerrada mucho tiempo.

Me ponen al día a base de español italianizado y multitud de gestos, son simpáticos y no andan muy cuerdos. Rick Blaine muestra su pasaporte y le conectan la botella a nuestro lado. El ring es ahora una zona de baile a pesar de que la naturaleza del hombre es pelear unos contra otros. El gran miedo humano, un knock out en la mandíbula que te tumbe en el asfalto a merced de buitres y alimañas de la noche. Es como levantarte de un mal sueño y tener toda la mañana para reparar pensamientos. No estarás más vivo nunca más.

- ¿Escribes?
- Bebo.

Charlamos un poco de sus carreras, luz futura a medio gas. Charles está escribiendo un libro sobre un hombre que se enamora de una jirafa, la altura y la manía de comer hojas impiden una relación placentera. Meyer quiere hacer una tesis sobre la inmortalidad élfica, ¿defecto o perfección?. Me preocupa la soledad del cómico, algún día el cómico no podrá seguir con su función, no podrá coger el vaso más llamativo para beber en una casa ajena, cambiar el orden de los felpudos, enredar conversaciones, inventarse pasados y presentes, crear manías imposibles, lucir palmito de forma asquerosa, no podrá volver a reírse y sólo le quedará la tristeza, algo que no sirve de nada.

Hay un grupo de guiris al que le hemos echado el ojo desde que entramos al local, están de paso por la ciudad y buscan desesperadamente un polvo que no inventar al volver a casa. Las niñas recién sangradas se preñan de tarados en los montes para darle algo de inquietud a sus quietas vidas, tener un perro es aburrido cuando vives rodeada de lobos. Los ojos marrones que acarician la decoración no tienen el tono que busco, no es el

marrón con el que caí dormido la noche anterior. Me quedo abstraído en los recuerdos, sí, nos conocíamos sin lugar a dudas, el encuentro llevaba tiempo gestándose y la cerilla no hizo más que caer en el barril lleno de pólvora. Meyer escribe mientras tanto lo que hace en Twitter, es más joven, ha crecido entre aplicaciones, aún es un elefante amarrado a su vieja y remodelada estaca.

Después de recorrer nuestras gargantas una ronda per capita, soltamos amarras y nos dirigimos rumbo al laboratorio de Babinski, vamos riendo todo el camino, imaginando aventuras irreales, siempre experimentos sociales. Crea un grupo de WhatsApp y agrega a contactos dispares de tu agenda, juega con la situación y disfruta de ser un científico chiflado. Al llegar, nos recibe su mayordomo, Babinski tiene dinero suficiente como para permitirse tener un mayordomo, algún día yo también tendré el mío propio, compraré su alma y me limpiaré los pies con ella.

Como nos temíamos, el anteriormente llamado Julio Alberto vive recluso en sus aposentos y sólo abre para recibir la comida, los rumores eran ciertos. No tiene baño adjunto así que orina en una palangana que tira a cualquier hora y sin previo aviso por la ventana, según informa la pareja de mujeres que pasa por debajo. Pegamos en la puerta y asoman unas inmensas ojeras, una mano poblada de uñas lo suficientemente largas como para ser repugnantes, gira el pomo y nos permite el paso. Tomamos asiento en su cama ¿cuánto tiempo llevarían puestas las mismas sábanas? Ni idea, pero las bacterias ya nos cubrieron antes de retreparnos. Babinski no hacía más que dar vueltas delante nuestra, tomando apuntes, leyendo libros que sacaba al azar de la estantería o fundiendo su iris con una bombilla. Su pelo largo y alborotado, barba descuidada y túnica blanca a modo de pijama le daban un aire místico. Cuando quiso echarnos cuenta, ya sabíamos que estaba completamente esquizofrénico. Tenía la certeza de haber escrito un poema de amor y no haber sido correspondido, estaba obcecado en una chica a la que nunca había visto en persona.

Quiero verte flocerer mil abriles
sin que te corte la muerte,
quiero saber si como tú las hay miles
o ya me mató la suerte.

Estaba realizando un estudio para medir la radiación de los móviles, routers y parabólicas varias, quería conocer la incidencia de enfermedades causadas. La gente antes se moría porque sí, ahora muere de cáncer. Estimado paciente, bienvenido a la ruleta de las farmacéuticas, elija píldoras que lo maten lentamente, espere en nuestra sala de espera mientras el aire acondicionado a toda pastilla hace efecto en su garganta, sufra con nuestra inoculación de virus, enrédese en la vorágine de nombres impronunciabiles, pague por su salud, pague por vivir, pague por no morir, pague, pague, pague. Somos los mayores camellos del mundo, la industria de la droga en cruz verde, nuestros camiones se pasean impunes por la ciudad, traspasamos fronteras como el comunismo pero nosotros llevamos disfraz.

Babinski quería hacerse ludita, cambiar el significado de la palabra progreso. Esnifó un poco de tabaco y decidió que era hora de quemar la plata. Intentó convencernos de huir a un pueblo abandonado, comprar el pueblo si nos era posible y vivir allí sin preocupación alguna. Después sacó un revólver y se jugó una bala a la ruleta rusa antes de que pudiéramos darnos cuenta de lo que hacía. Soltó una carcajada y de un balazo reventó una marioneta que tenía colgada de la lámpara. Había dado el paso al fin, quería ser un yonqui legendario, un personaje de ficción que se codeara con seres reales para disgusto

de la mayor parte de realidad, pero se había pasado de tuerca.

Oiga, si tuviera que elegir entre casarse con una mujer fea y tener que estar con ella toda su vida obligado, o dejar que un negro le diera por culo y después poder estar con cualquier mujer, ¿Qué elegiría?

Imagina que elijo la opción de que me den por culo y a mis sesenta y cinco años coge y me gusta.

La ciudad está plagada de columpios a los que sólo puedo montar con un colchón de copas. Babinski anda perdido en un gran campo de opio, vacaciones veraniegas en las que chutar su propio condimento, saca un cigarro comercial y se alza como líder de la manada. Los baños están infectados de seres sin retorno, el umbral de la pobreza se acerca como sereno en la noche. El tiempo se para, el mundo se para, todo se para y los insectos revientan contra el parabrisas una y otra vez, se desintegran en bucle. Niños mortales mejicanos sueñan con tener su minuto de fama bebiendo champagne entre mujeres operadas llenas de tatuajes y balacera. Luego vendrán otros a contar un sueño distinto sin engañar siquiera a su propia abuela, que del disgusto acaba entre chapones y gusanos. Instagramos de felicidad ajena acompañan el último salto de trampolín del señor mojón. Dar el salto a la respuesta armada requiere tiempo e impaciencia, mucha impaciencia.

Abandonamos a Julio Alberto dejándolo en su burbuja de mugre y locura, tenemos que salir de allí antes de contagiarnos con el virus de la quimera. Me despido del dúo mafioso en un cruce de direcciones y decido pasar por casa antes de ponerme fino. Soy un artista, y como buen artista debería emborracharme. De camino paso por el bar de la calle soledad, siempre cojo ese desvío a pesar de tardar el doble sólo por ver a una muchacha que ya ni si quiera trabaja allí. En realidad, mis últimos meses me han conducido a centrarme simplemente en mujeres y alcohol, no hay otra cosa que mi mente crea merecer de espacio. Las mujeres y el alcohol suelen ser una mezcla demasiado atractiva como para contener los delirios de grandeza. No importa doctor, ni siquiera me duele.

La chica no está allí como de costumbre, Viernes tampoco deambula por casa cuando trompetistas enanos anuncian mi llegada entre ángeles y premios Nobel. Enciendo la bombilla que domina el techo, sube el precio de la luz, conecto el portátil, sube la luz, dejo cargando el móvil, sube la luz, enchufo la estufa, sube la luz. Al final bajo los plomos y compro unas velas. Retroceso en el tiempo, nunca unas calles del monopoly tuvieron tan poca semejanza en la vida real. Es el problema de que hayan privatizado las eléctricas. Aplicar misma ecuación en: educación/sanidad.

Repaso de noticias de actualidad, mi conexión a todo lo conectable me comunica la intención y clara obligación de salida nocturna. ¿Cuándo dejaré de recoger algodón para el Tío Sam? Morfeo en la oficina del INEM, la hora de conexión lo cesó de empleo y sueldo. Me siento en el sofá y abro un botellín acompañado de pepinillos enfrascados. La vida sigue sin ti igual que el tren sin maquinista, has de ser tan útil que cuando te marches el tren descarrile sin tu presencia, o pensándolo mejor, tan útil que los propios pasajeros puedan seguir seguir manejando el tren gracias a tus enseñanzas.

Le doy vueltas a todo mientras encorvo mi columna en una mala posición de cojines. Los remordimientos pueden ser un síntoma de inteligencia, pero hay que superarlos y llegar a otro estado, al estado de inconsciencia brutal. Un hombre ha perdido el control sobre sus órganos vitales y éstos se putean entre sí. Se caga encima sin venir a cuento, mea cuando ha de follar, el pelo se le cae por momentos, tiene paradas cardiorespiratorias

cada diez minutos, los dedos deciden no articularse en una cena de empresa, se queda ciego en los museos y sordo en los conciertos, en los funerales sus cuerdas vocales sólo vibran insultos, escupe al pronunciar discursos míticos, y su día a día, se transforma en un conjunto de tics nerviosos. Al menos no tiene que reír falsamente hasta poder reír normal.

Decido echarme una siesta que actúe como poción recetada por Panorámix para correr la maratón nocturna que me espera. Es en vano, no puedo conciliar sueño alguno, así que hago el tonto delante de la caja. La televisión ha muerto. Lo que conocemos como información, son órdenes ordenadas por ordenadores programados de ante mano en un tiempo anterior al nuestro. El mensaje idiota se lanzó en una botella y el calentamiento global ha derretido el casquete donde se alojaba el vidrio. Ahora nadie puede hacer frente a tamaña insensatez, el gag del chiste Python y su premonición tardía. Cortar el problema de raíz o por la cabeza aparece en el horizonte como única solución posible. En el hormiguero la educación se ha colapsado, ha fallado y una hormiga consiguió pensar por sí misma saliendo de la fila. Las soldados van tras ella pero no pueden alcanzarla porque no conocen la senda, el camino que ella recorre no ha sido recorrido antes por ninguna hormiga, es la vereda del peligro, la ruta a la libertad, el trayecto hacia la muerte, un viaje a la locura de ser una hormiga diferente y no, viejos y torpes detractores del ser, no podréis borrarla. De repente pego una cabezada que parecía no llegar, pero es tarde y ahora no quiero levitar en el mundo de los genios. El genio es aquel capaz de levantarse en mitad de la noche, escribir la idea y volverse a acostar.

Los párpados no subían, no había forma de hacerlos abrir. El telón de acero se cerraba y sepultaba la camaradería. El ser humano es experto en crear muros. El campo, es terreno de libre albedrío donde en caso de propiedad privada se respeta lo cultivado más por decencia que por ser privado. No importa, el sr. Smith se instala en su finca andaluza y se pasa por los cojones respeto y tradiciones, así que temeroso de la vida coloca unas vallas y santas pascuas. Nota al pie: no están electrificadas, son fáciles de saltar. Babacar recorre el continente negro apostando el pellejo en partidas de ajedrez con la muerte. Camina de día racionando el agua evaporada que continúa pegada en las suelas de sus pies descalzos, duerme de noche vigilando con un tercer ojo no le coloquen cadenas en sus manos de carbón helado. Tras llegar al último checkpoint, pasa varios días malviviendo hasta llegar al extremo de tener que usar su potente físico ya mermado por el psíquico destino. Sueños de blanco inerte.

Babacar salta la primera valla una noche de madrugada, exactamente a las 05:02h. En la partida, éste come un alfil a la muerte que juega con fichas blancas. A las 05:07, tras una magnífica jugada en la que se encarama a la tercera valla, la muerte ha perdido una torre y próximamente perderá a su gemela. Son las 05:14, la parca parece abocada a perder la partida, Babacar va por la quinta enmienda. Salta sin problemas esquivando las cuchillas que moralmente han sido colocadas justo encima, sólo por si acaso. Relájense negritos, no somos agresivos a menos que os clavéis nuestras cuchillas por voluntad propia. Algunos compañeros han quedado atrás, camaradas de saco y vertedero por los que sentiría algún tipo de sentimiento si el itinerario no se los hubiera arrebatado. Un minuto más tarde, pone los pies al otro lado de la sexta. Sólo queda una, la séptima estupidez de espino y después el cielo. La muerte pierde tontamente su reina, casi parece un sacrificio. Babacar se encarama al séptimo eslalon hacia la vida, va colocando pies y manos llenos de heridas y cortes, no hay dolor. Mueve su piel tostada con el mínimo cuidado en la última zona de cuchillas desde donde ve el paraíso, agacha su cabeza y mira el tablero. 21. Nxc7+ Kd8 22. Qf6+! Al comerse la reina, Babacar ha dejado desprovista su defensa en e7. Un movimiento precipitado pero irremediabilmente esperanzador. Al otro lado de la

séptima pared, un guardia fronterizo eleva su fusil y lo coloca en su hombro apuntando al invasor. Cual traficante primerizo de cocaína en aeropuertos, por su cabeza pasan todas las posibilidades perdidas en la partida de inmortalidad. La vida lo ha tratado mal y ahora lo engaña la muerte vistiendo de blanco amigo. El inmoral guardia, cuya humanidad ha sido embotellada en un uniforme y cerrada con placa, acciona su herramienta de matar. 22. Nxf6 23. Be7#. Jaque mate. Faltan segundos para las 05:20h, Babacar ha perdido la partida y la muerte expone victoriosa su botín. El pellejo del ser se freirá al sol por ambos lados colgado en un trozo de metal. No hay nada mejor que separar las diferencias con alambre de espino, así los estúpidos podrán diferenciar fácilmente. Los muros no son más que una prolongación de la estupidez humana, una prueba irrefutable de que no venimos del mono. Considerar que venimos del mono sería insultar al *Propliopithecus*, no creo que estuviera muy orgulloso de su descendencia visto lo visto. Hemisferio Norte y hemisferio Sur, Alemania Este y Alemania Oeste, rojo y azul, blancos y negros, hombres y mujeres, mierda y mierda. De niño te enseñan a ordenar tus juguetes, no a separarlos como ganado. Secretos encriptados en el átomo, consigo abrir los ojos y ponerme en pie.

Lavándome la cara en el lavabo veo los ojos de un espectro, poco a poco voy adquiriendo la forma fantasmal de los olvidados, pago los peajes de la autopista infernal con mi mando a distancia. La mortalidad finita se refleja en mis ojeras, los ojos inyectados en sangre, arrugas proyectadas a contraluz. Los jóvenes viejos dan por sentado que ya salieron demasiado, son los mismos que con cuarenta y cejas depiladas buscarán muchachitas en granjas de cerdos con luces. Nacemos con todo ganado, todo lo que podemos desear y eso mismo, la vida nos lo va quitando. A Kurt Cobain se le encasquilla la escopeta y se la vende a Mark David Chapman. El espíritu de Hemingway se apodera de mi ego y la hemocromatosis aparece en síntomas psicológicos sin sentido. Fuera la noche ha tomado las calles escondiendo a los ladrones de cerebros, preparando el patio de recreo de yonquis y figuras no aptas para la luz solar. La farola que ha de iluminar mi calle está fundida, recuerdo como la noche anterior la apedreé hasta la muerte antes de subir a casa con la chica de ojos color café. Encendí un puro y lo fumé asomado al balcón, quemando tareas, liberando cargas, divisando el pasado escrito en el cielo, todo era tan bonito que resultaba nauseabundo.

Estaba a punto de saltar al vacío pero lo veía tan lejos, estaba tan lejano que no creí llegar a alcanzarlo. Eso sería fatal para mi plan, no podría llegar nunca y por tanto mi cráneo se mantendría en condiciones perfectas. Tendría que pasar la vida en el limbo dándole vueltas a toda clase de pensamientos repulsivos, atentando contra mi dignidad inexistente como persona. Volví a mirar dentro de la habitación. Hacía calor, no como en la calle, un frío intenso recorría las columnas de los sinvergüenzas. Si al menos tuviera una pistola... Pegarse un tiro debía de ser facilísimo y sin embargo tan difícil. Replanteé la situación y decidí fumar otro puro antes de matarme, que mal suena matarme y que poco se notaría. Me sentí débil al pensar en la muerte, mis articulaciones y venas parecían fino carboncillo a punto de entrar en contacto con una lámina. Cerré la ventana y descargué la escopeta imaginaria del sin vivir. Las pastillas estaban al lado del ron. Decidí beber primero el ron y después fumarme el puro, las cápsulas de muerte podían esperar durante varios años bipolares más.

El alcohol y su poder cohesionador tendrían que aguardar hasta después de cenar, la alarma en el calendario móvil acababa de recordarme la cita con Camille. Me daba tiempo a darme una ducha reponedora y tomar otra copa más antes de largarme a cenar con Camille Le Brun, no debería programar con tanta antelación en el calendario. Escribí a los chicos citándome directamente en el bar, puse los altavoces al máximo y me desnudé, era hora de afrontar un nuevo desafío, explorar los recovecos de la noche y posponer el

futuro en cada trago.

Pronto iría en coche soltando dinero por la carretera al paso de la cabalgata, creando el caos cuando en plena anarquía inmoral todos los ciudadanos se rompan los cuernos por un billete. El dólar tiene más clase que el euro, no es lo mismo una moneda. Todos los opus dei son iguales en sus formas, los sacan del molde dispuestos a inundar la sociedad de pensamientos absurdos. El hombre primitivo se avergüenza de sus descendientes y decide volver a gatear. Coches explotan en Lisboa impulsados por la insana conducción. Temerarios ponentes esquivan las balas de los jueces en el doctorado. Los tarados quieren vivir del cuerpo pues no tienen mente, es comprensible. Las moscas de garaje planean tranquilas hasta su muerte, demasiado lentas para rozar el aire, y el verdugo es un funcionario del estado que sin sentido alguno, disfruta con su trabajo al pasar por sus manos las cabezas de los grandes terratenientes anclados a un pasado infame. La pena de muerte es a la justicia lo que la burocracia a la simplicidad.

Mi imagen mejora tras un par de copas, una ducha y un habano. Algún día sería un vil supervillano fumando puros y alargando el rematar agentes secretos, pero hasta que Globex Corporation sacara plazas no pensaba opositar. Indeciso rebusco en el armario un conjunto ganador, no quiero ir demasiado elegante ni demasiado tirado, la reunión con Camille es importante, debería haber bebido otra copa que simplificara el embrollo de la vestimenta. Jersey gris oscuro, los pantalones burdeos suplirían la falta de camisa, unas zapatillas de tono otoñal darían el pego. Quito tres pelos feos de mi cara y me coloco un gorro que dome mi pelo a lo Will Hunting, con diez minutos basta.

En diez minutos da tiempo a hacer muchas cosas, plantar un árbol, escribir un relato de pocas líneas, tener un hijo o al menos encargarlo, e incluso freír un par de huevos. También, en diez minutos puedes quedarte mirando al vacío o intentar cagar antes de salir de casa. En algún momento de tu vida llegarás a cagar tanto que cagarás sin darte cuenta, y eso será un problema. Compra una isla y abandona la civilización, no es ciudad para viejos.

Los estudios antropológicos nos sitúan a cuarenta años luz de los Petados Unidos, de aquí a cuarenta años el Partenón será un KFC.

Salgo de casa por enésima vez en lo que va de día, llegado cierto punto mi cuerpo parará y mis órganos reventarán kamikazes. He marchado y vuelto en un camino infinito de baldosas amarillas, regocijado en mi soledad hasta volverme cuerdo, vertido fluidos en lagos helados de miedo, desangrado entre botellines de cristales coloridos a roces, humillado a Jekyll hasta hacerlo adorar a Hyde, roto vínculos a caminos desiertos, cosido almas rotas para volverlas a descoser con aun más voracidad, destronado reyes más allá de la lejanía, disfrazado de justiciero sin más ley que la fraternal, he visto, oído y saboreado excentricidades que otros han criticado, tocado hasta mimetizarme, pensado sumergido en la locura, vivido para merecer la muerte, he sido lo que odio y soy lo que odiaré. Pero a pesar de todo, nada importará cuando cruce los mares, cuando la barca me lleve a mi destino y vuelva a por ti, ya nadie nos recordará. El tiempo lo coloca todo en su sitio y las excepciones acaban cubiertas de polvo.

Cuando llego al lugar de la cita, Camille Le Brun aún no ha hecho aparición. En el reflejo de una ventana veo a un extraño puntual, algo está cambiando en mis formas. Echo un vistazo a los moradores de banquetea y barra. La potencia de Aristóteles, de practicar la justicia nos hacemos justos, por eso hay tantos borrachos. Todo niño es un borracho en potencia, se convierten en aquello que temen. Entrando en el restaurante siento la

tentación de hacerme el ciego pero me abstengo de molestar conciencias. Tomo asiento en una mesa apartada y pido una cerveza.

Y lo que antes no te gustaba seguramente te guste ahora o te gustará después. Son círculos repetitivos, un bucle infinito de perspectivas por las que vamos pasando como si miráramos una exposición de diapositivas. Sube a la figura que más te guste del ti vivo cada vez que quieras montar, siempre habrá algo mejor esperando en la siguiente vuelta, y si crees que no lo hay es porque aun no debes darle tu boleto al maquinista. Espera tu turno pero no te quedes mirando las musarañas, una espera no significa perder el tiempo, siempre hay algo que hacer. Haz, crea, un alma aburrida es un alma muerta, y al final todos nos aferramos a la vida. Nota mental: no puedes perder el ritmo de la vida.

Camille Le Brun hace su aparición en escena. El restaurante se transforma en una pasarela de moda donde el público sólo tiene ojos para ella, miro a mi alrededor y no hay más asistentes, estoy solo entre miles de butacas. Se acerca a la mesa y sin decirnos nada se sienta, deja la boina que lleva puesta en una de las sillas sobrantes y se coloca un cigarro en la boca mirándome con sus inmensos ojos negros. El camarero se acerca milésimas de segundo después para recordar la prohibición de fumar en el interior del local. La mirada de Camille le revuelve el alma, por un momento el camarero se ve sumiso y decide dejar a su familia para satisfacer las peticiones que la francesa pueda hacerle a lo largo de su burda vida, pero se recupera y se marcha en busca de otras clientas menos interesantes y más propensas a los chistes baratos.

Camille conseguía ponerme nervioso, por eso me gustaba quedar con ella, el problema era que ella lo sabía y la situación se me iba siempre de las manos. Aun así teníamos un proyecto videográfico que planificar juntos pero no revueltos.

- ¿Ves al hombre que cena allí con su mujer y sus dos hijas? Tiene una amante africana a la que visita todas las mañanas antes de ir a trabajar.
- Fíjate en las dos amigas que ríen juntas. Una de ellas se acuesta con el novio de la otra. Adivina cuál.
- La rubia, sin duda.
- Sólo por ser morena no tienes derecho a acusarla – le digo.
- Pregúntale listo.
- De acuerdo – me levanto de mi asiento y ella no hace nada por impedírmelo, así que me vuelvo a sentar.
- ¿Sigues pensando en tu teoría salvaje?
- ¿La de mi hijo?
- Si, lo que me dijiste de hacer un experimento social y no enseñar ningún tipo de regla a tu hijo sólo por ver como se comporta.
- Me gustaría hacerlo, aunque el arrepentimiento podría ser terrible.
- Quiero probarlo. ¿Crees que me llevarán ante el tribunal de La Haya?
- Probablemente, pero si quieres que al menos tu hijo salga guapo puedo ayudarte en la tarea.
- Estoy embarazada.

Si millones de personas no conocen el amor en su vida, millones de niños no conocen la sexualidad, sólo conocen el miedo. Sufren shocks diarios pagados por hombres ricos de países desarrollados que sentados en sus tronos de cuero se tocan vertiendo en sus pañuelos de seda. Miles de kilómetros de distancia los separan, pero distancia no siempre es sinónimo de seguridad. Shou Lee tiene diez años, un día se cuele como polizón en un

carguero rumbo a la gran manzana, clama venganza. Al llegar se introduce en Wall Street vestido de rey mago, no lleva incienso ni mirra, mucho menos oro, va cargado de explosivos hasta las trancas, tiene pólvora en la nariz. De una patada abre la sala de juntas donde sabe que están los perversos, sabe que se ocultan allí hasta que cae la noche y pueden salir de sus ataúdes a profanar infancias. Los conoce, los vio muy cerca, los sintió muy dentro. Shou Lee antes de apretar el botón decide que sin motivo alguno debería deshilar mi propio corazón y la bomba estalla en el restaurante donde hasta el momento cenaba tranquilamente con Camille.

Nunca creí a Camille capaz de perder el norte por un cualquiera que esconde su ignorancia tras una guitarra mientras desgrana aburridas líricas de adolescente en garitos de mierda. Los inservibles celos sacan sus puños a relucir y golpean mis pensamientos asesinos hasta despertarlos, mantengo la calma, Camille es sólo una amiga. Con tranquilidad alcanzo el cuarto de baño y vomito salpicándolo todo. Las ojeras y los ojos rojos han vuelto a tomar el reflejo, un ser mundano es lo que veo ante mí. Vuelvo a la mesa, petición de una copa y mantengo el tipo hasta el final de la conversación. Ella se echa a llorar cuando la fría hoja de realidad raja sus párpados. La consuelo y pienso en todos los pañuelos del mundo, en los niños soldado, la corrupción, y la extinción de especies. La vida es un documental y nosotros somos los ñues. Picasso firma el cuadro.

Nos despedimos y prometo verla la semana siguiente, me esperan en el mañana, embarazada la reina he de buscar plebeya para mi república. La veo alejarse calle arriba, solitaria e inalcanzable, el puente para cruzar el abismo estaba a escasos metros de mí y yo sólo intentaba saltarlo. Paso debajo de un neón y éste se enciende, me creo dios. Pero no, no puedes con toda la carga, burro. Asómate al balcón y escupe tu ego, es hora de bailar con el destino y reírse de la vida con actitud, solamente entonces te levantarás en paz.

- Los animales gritan, gruñen fuerte, ladran, ¡truenan! Son libres de hacerlo y entre ellos no está mal visto, al contrario cuando un perro ladra en la oscuridad de la noche hay otro perro que lo sigue, y otro ¡y luego otro más! - Sócrates gritaba y giraba sobre sí mismo como si el cielo se cayera en pedazos rompiéndolo todo entre colores y polvos mágicos, a su alrededor una multitud de antidisturbios prepara la carga – ¡Hasta los monos a los que consideramos casi familia lo hacen, chillan y aúllan cuando están libres, cuando se sienten libres pues el único animal que no lo hace es el que está preso! ¡Preso en una jaula, tras una valla o un corral, en una ciudad llena de bloques grises que encierran almas cuyos colores se degradan más y más conforme pasa el tiempo! Dime tú, señorita ¿eres un animal o llevas ese disfraz de persona tan pegado a la piel que ya no recuerdas lo que es vivir?

Un puerta mira de arriba abajo con asco a un tipo que aun no odia las discotecas, hace como que piensa y decide echarlo atrás por culpa de los zuecos amarillos que lleva puestos, son molestos a la vista en la oscuridad. Todo es oscuro y aparentemente peligroso. El vendedor de Lamborgini no tiene uno propio que lucir. Más tarde, el tipo vuelve pisando fuerte con sus zuecos amarillos esgrimiendo un florete y ensarta al puerta por el ombligo. Zas. Justo en el medio, la espada atraviesa carne y órganos rozando los huesos y por el agujerito brota sangre negra manchada por la noche. Pronto todas las entradas de la ciudad quedarán libres y comenzará la invasión cucarachera de vigésimo quinta generación.

Grupos de niños hartos de regaliz y caramelos ácidos cuelgan por los intestinos a los

padres de sus amigos en los tendedores y los golpean cual piñata, esperando recoger el resto de órganos podridos de la avaricia parental. Los padrinos se esconden en rincones llenos de mocos tirados por los infantes mortales esperando la hora de salir al escenario. Cantan los pájaros melodías satánicas, el cielo es rojo y ya hace rato que anocheció. Las cimas de las montañas se desprenden en oleadas de cianuro, cayendo con víbora precisión en las ollas de puchero caliente aliñados por viejas que saben es el último cazo. Las niñas ya no quieren ser mujeres y los niños queman velas de tarta en un horno de pan. El mundo es joven, gritan. Aun no está todo perdido, dicen.

Las historias de robots son tan feas, visualmente tan mecánicas. La chispa ha vuelto a arder, los Ipad son utilizados como armas arrojadas. Los países y sus gobiernos son los padres totalitarios de una familia, y los hijos han perdido la confianza en ellos. Están hartos de ser catalogados en clases, de ser conducidos como borregos, de ser utilizados como monedas de cambio. Las cuentas suizas engordan en un traje XXL, un pozo sin fondo separa poblaciones, la dinamita pronto estallará en las mentes.

Hay una huelga de basureros en la ciudad, las ratas asoman sus peludas patas y las colas de rácula desbaratan el dominó de maíz. El dinero se crea pero el fuel no se destruye. Mareas humanas provocan avalanchas de temor en los pellejos de dirigentes sin carisma. Intentan apaciguar la cólera con cheques bebé, pero están cansados, y cuando se llega al cansancio extremo se desdobra el universo, los extremos se tocan y se pasa a la actividad extrema y todo lo que ello conlleva. El pueblo está más despierto que nunca tirano, y no, no hay marcha atrás. Sólo llegará al cansancio cuando no quede energía, pero la fuerza late ahora más fuerte que nunca. Comienza la barbarie, saltad de vuestros escaños y huid de la sin razón, pues llegó el apocalipsis del sol y la oscuridad sólo se combate con fuego.

Los médicos circuncidan al ministro de sanidad y juegan con su apéndice transformándole las extremidades en bonitos muñones. Maestros hartos de ser ninguneados queman la LODE, LOGSE, LOPEG y demás mierdas encuadradas. Han decidido inocular ideología en sus alumnos, las fórmulas son sustituidas por pensamiento, el libro de cocina del anarquista es de lectura obligatoria en las aulas. Los bomberos provocan incendios por toda la ciudad, han cortado el agua y encargado diez mil litros de whisky. Grupos de periodistas ahorcan en directo a los tertulianos del corazón, uno a uno orinan sus mentiras en el patíbulo. Los científicos distribuyen la vida eterna de forma clandestina por todas las chabolas del mundo.

300 portentos de lo salvaje coordinan sus movimientos y aíslan a los cuerpos de seguridad. Uno a uno todos los cascos grises son esposados con sus propias esposas a sus propias vallas separatistas. La barbarie se alarga hasta el amanecer, el origen de un nuevo día, la estupidez ha sido abolida y la inquisición arde en una pila bautismal.

Soy Gatsby en su balcón, sentado en mi palco privado lo veo todo arder, soy partícipe de la derrota humana y me avergüenza el estar vivo. Entro en el manicomio, allí todo está en orden, todos son emperadores que se contentan con un consumo de pastillas diarias, el ambiente no está adulterado, la armonía del primer mundo fluye por el pentagrama, la baba cae tranquila por la camisa de fuerza y automáticamente es fregada del suelo. Pero todo es mentira, es una burbuja y sé que no aguantará mucho tiempo, no, cada vez estoy más cerca del final, el jabón está casi acabándose cuando decido salir.

Entonces me mezclé con las gentes, me integré en un todo bañado por el frío de la ciudad que se arremolinaba entorno a nada. Un hormiguero gigante de hormigas disfrazadas.

Observé sus caras cuando pasaban a mi lado, caras cansadas, caras alegres, caras. Quise ponerme en toda clase de piel para sentir sus miradas al igual que la mía y conocer el resultado final de su evaluación. Hoy en día puedes adoptar cualquier piel, puedes ser un lagarto o una ballena, un ciervo o un rinoceronte, incluso un antílope, sí, puedes ser incluso un antílope. Pero ¿quién quiere ser un antílope pudiendo ser un león? Si te colocas la piel del animal en cuestión lo suficientemente bien nadie notará la diferencia, te evaluarán por lo que muestres. Sí señores, el mundo evalúa apariencias pero es la vida la que juzga actitudes. Aunque siempre habrá quien engañe a la vida una vez engañado por completo al mundo y quien sin necesidad de engañar a nadie parezca un mentiroso. Crucé tras una moto, aguanté la respiración y cuando la creí a suficiente distancia volví a respirar. No importaba, la ciudad en sí estaba contaminada. El aire que se respiraba olía a metano e hipocresía, y sin embargo me sentía vivo en sus calles. Alegre, contemplé las altas murallas llamadas pisos, olfateé los viejos templos conocidos como bares y caí rendido ante los animales diamantinos catalogados como mujeres. Una tras otra todas acababan en mi habitación, en un rincón o en cualquier callejón que mi mente pudiera vislumbrar. Crucé otro paso de cebra, el más justo de los animales pisoteado por pampinas, supongo siempre fue su función. Se hacía tarde pero eso no importaba, no importaba nada en absoluto pues era libre en una ciudad desconocida, rodeado por gentes desconocidas, era completamente libre. Había llegado sin cadenas y aun no me habían capturado, sí, no había de qué preocuparse, eternicé el momento hasta que el frío viento golpeó mi nuca y comprendí que debía terminar la excursión y sumergirme de nuevo en los antros construidos para mi especie. Debía volver a embriagarme junto a los camaradas desconocidos que aceptan su condición de borrachos vía pacto entre caballeros para equiparar al género en potencia, alcohólicos que se miran unos a otros de igual a igual a través de ojos vidriosos llenos de locura desbocada a cada trago. La vida es una borrachera continua.

Cuando llego al bar ya están todos achispados, la chispa se almacena en sus cabezas, los latidos la distribuyen por sus venas apoderándose ésta de todo su cuerpo. Entre saludo y reencuentro, creo ver algo familiar detrás de la manada, un destello castaño entre el fulgor y la incandescencia. Es hora de volver al ruedo banderilla en mano, esa extraña sensación de vuelta a casa, al lugar donde todo pertenece. Acerco mi ser a la barra en busca de combustible y mientras el camarero se dirige a atender mi petición, vuelve a deslumbrarme el destello. No consigo dar con el origen pero sé que hay algo alumbrándome, algo me estudia en las sombras, algo que conoce mi cambio, ya no soy lo mismo, el líquido que me compone ha sido adulterado con pensamientos revolucionarios y las aguas están demasiado revueltas para calmarse. Entonces me doy cuenta, allí están, a escasos metros, mirándome fijamente, al otro lado del precipicio observando a un borracho a punto de quemarse cual ave fénix. Son los ojos marrones que veinticuatro horas antes coincidían en un cruce de miradas embriagadas, los mismos que llevaba buscando todo este tiempo, confundiéndome entre caricias ajenas y deseos desconocidos. Pero no, aunque volvemos a coincidir ya no son los mismos que me desnudaron ayer, el presente es distinto, todo es diferente. Aparto para siempre mi mirada y me dirijo resignado al camarero que acaba de servirme, “la próxima vez cargue la copa un poco menos”.

FIN

EPÍLOGO del espacio entre palabras

La decadencia se distribuye entre ruinas de lo que antaño fueron civilizaciones corrompidas, el sol de la tranquilidad se apagó. Tu mirada no es la misma, ya no lo será, no puede serlo si aun queda en tus huesos algo de humanidad. Decrépito te balanceas en una butaca del porche, agarras la escopeta que te trae el pequeño Billy y apuntas a tu cerebro dañado por la fe. Las ves pasar a todas con sus vestidos de gala, al abogado vestido de traje, a Viernes de etiqueta, a Johny con corbata, Magno te saluda en pajarita, Sócrates disfruta con su chaqué, las hermanas Gaisson dejan de discutir arregladas para la ocasión, Charlie y Meyer llevan el estilo intrínseco en sus gestos, incluso Julio Alberto ha salido a verte, y al fondo, Camille vuelve a sonreír. La razón venció una vez más en el campo de batalla.

CREDO DEL LOCO CUERDO

- 1- Todo es público.
- 2- El placer es deber.
- 3- Aceptar que no tienes nada. Eres sólo tú, un mono espacial.
- 4- Rozar la locura psicológica en un período de soledad y volver a la sociedad armado hasta los dientes.
- 5- Siempre que robes has de compensarlo con tu vida.
- 6- Lo imposible es una oportunidad contra la muerte.
- 7- El cerebro no descansa, úsalo en todo momento para imaginar el absurdo.
- 8- Nunca rechaces una cerveza, copa o puro. Sólo harán que te sientas mejor de lo habitual.
- 9- Bibir hasta la inconsciencia es un logro solo apto para valientes descerebrados.
- 10- El mundo es un parque de atracciones gigantesco.
- 11- Experimenta con todo y todos.
- 12- Cuestiona la realidad siempre que sea posible.
- 13- Silba contra el viento en cuanto sople.
- 14- Tu tiempo es finito, mientras antes lo asumas antes empezará la fiesta. Compra disfraces para todos los asistentes.
- 15- La seriedad es para los verdaderos irresponsables. Tu responsabilidad consiste en quemar las naves.
- 16- Nunca dejes de moverte. Las articulaciones han de llegar reventadas a la sepultura.
- 17- Baila con la muerte cuando suene la música.
- 18- Mejora significativamente la vida de alguien.
- 19- (Añade tu propia norma)
- 20- (Añade tu propia norma)

CARA B del libro:

- 1- Harry Nilsson - *"Lullaby in Ragtime"*
- 2- Death in Vegas - *"Dirge"*
- 3- Underworld - *"Born Slippy"*
- 4- Bob Marley & The Wailers - *"Redemption Song"*
- 5- Nirvana - *"Where did you sleep last night?"*
- 6- Syd Barrett - *"Late Night"*
- 7- Carl Barat - *"Run with the boys"*
- 8- Neutral Milk Hotel - *"In The Aeroplane Over The Sea"*
- 9- Danny Kaye and the Andrew sifers - *"Civilization"*
- 10- Devendra Banhart - *"Long Haired Child"*
- 11- Nicolas Jaar - *"El Bandido"*
- 12- Cat Stevens - *"Wild World"*
- 13- Stavros Lantsias - *"Vals Of The Eyes"*
- 14- The Growlers - *"Dog Heart II"*
- 15- CocoRosie - *"Smokey Taboo"*
- 16- Bob Dylan - *"The times they are a changing"*
- 17- Linda Rondstadt and the Stone poneys - *"Different Drum"*
- 18- Nina Simone - *"Mr Bojangles"*
- 19- Beirut - *"Elephant Gun"*
- 20- West Ham Fan - *"I'm Forever Blowing Bubbles"*
- 21- Echo lake - *"In Dreams"*
- 22- The Tams - *"Be young, be foolish, be happy"*
- 23- San Cisco - *"Awkward"*
- 24- Black Lips - *"Bad kids"*
- 25- Richie Havens - *"Freedom"*
- 26- Pete Doherty Ft. Littl'ans - *"Their way"*
- 27- Giacomo Puccini - *"E lucevan le stelle"*
- 28- Bobby "Boris" Pickett - *"Monster Mash"*
- 29- The Strokes - *"I'll try anything one"*
- 30- Bantu Continua Uhuru Conciousness - *"The Journey"*
- 31- Donovan - *"Were your love like heaven"*
- 32- Silvio Rodríguez - *"Fusil contra fusil"*
- 33- Pescando em copacabana - *"Deixa Para Lá"*
- 34- Adam Green & Binki Shapiro - *"Casanova"*
- 35- Goldfinger - *"Superman"*
- 36- Foster the people - *"Helena Beat"*
- 37- Cartola - *"Preciso me encontrar"*
- 38- Sonny and the Sunsets - *"Planet of Women"*
- 39- Casio Kids - *"Det Haster!"*
- 40- Tango With Lions - *"In a Bar"*
- 41- Bright Eyes - *"Clairaudients (Kill or be killed)"*
- 42- The Shoes - *"Time To Dance"*
- 43- Victor Jara - *"Luchín"*
- 44- Elphomega - *"Más que humano"*
- 45- Tom Waits - *"Drunk On The Moon"*
- 46- Serge Gainsbourg - *"La Javanaise"*
- 47- Tomorrows Tulips - *"Flowers on the Wall"*
- 48- Fabrizio De André - *"Il Testamento Di Tito"*
- 49- Paul Kalkbrenner - *"Revolte"*
- 50- The Velvet Underground & Nico - *"Heroin"*

PUTA

MÁQUINA

Miguel Charisteas
16/12/2013 Málaga